

EL SIGLO DE ORO ESPAÑOL Y DON QUIJOTE*

Pro la // Dra. Inés Fúten de Cassagne

El Siglo de Oro Español y Don Quijote,
publicado en la revista "Verbo", nº 283-4, Madrid 1990; y en "Recepción y Discernimiento"
3ª serie, ed. Del Umbral, Bs.As., 2004

1. Renacimiento y Reforma en la línea de la tradición.

Cervantes ha realizado en *Don Quijote de la Mancha* lo que es característico de una obra de arte: representar la realidad transfigurándola. ¿Qué realidad representa? ¿Qué tipo de figura literaria crea para ello? He aquí lo que me propongo indagar.

Cervantes tiene ante sí como modelo la historia reciente, lo que sucedió en el siglo XVI. Para retratarla no se sirve de la crónica o de la descripción realista de personajes y acontecimientos; descarta la epopeya y el romance heroico. Y, así como Dante creara una forma nueva de carácter simbólico, a la que llamó «comedia», así el gran español inventa —en el sentido de «encontrar» (*in venire*)— un molde singular, al que convendría llamar novela mítica, metáfora novelada o parábola novelesca. Esto acarrea una doble consecuencia. Primero, las apariencias, lo inmediato de la realidad histórica, quedan veladas. Segundo, se pone de manifiesto lo esencial y entrañable de la misma. Si hubiera elegido los cauces directos de la crónica o la epopeya, tras describir lo visible se hubiera visto obligado a explicar o hacer reflexiones para así desvelar lo invisible. Bajo esta nueva manera mítica, en cambio, el significado brota de por sí, con tal que el lector conozca el trasfondo histórico. Sucede entonces como con toda parábola: “El que tenga ojos para ver, que vea; el que tenga oídos para oír, que oiga...”.

Así, la historia se vuelve aquí clave, esa historia europea del siglo XVI en la cual España cumplió un rol de primera importancia. Es clave en su conjunto, no en el detalle. No se trata, pues, de rastrear sus distintos episodios tras los episodios de la novela, ni de buscar personajes históricos detrás de los novelescos. Más bien da la impresión de que en la obra repercute un drama hondo y general, y que su autor, habiéndolo vivido y padecido, transmite sus intuiciones y sentimientos: les da un cauce y los encarna en la trama y en sus personajes, creando una atmósfera literaria que transmite la atmósfera real de su tiempo.

La historia es clave, y, nosotros, bastante alejados de lo que sucedió en Europa desde el 1500 hasta el 1600, debemos recordarla. Este período constituye uno de los momentos cruciales de la historia de nuestra civilización. Europa fue entonces un campo de batalla donde se enfrentaron fuerzas opuestas y se libraron combates decisivos cuyas consecuencias marcaron nuevos rumbos. Más que el combate de las armas resulta importante el combate de fondo, de carácter espiritual, entre un modo de ser que llegó entonces a culminar y florecer, y otro modo de ser (su contrapartida) que pujaba por imponerse y desalojar al primero.

Por una parte, la *Cristiandad* florecía entonces con el *Renacimiento* y la *Reforma católica*. Al Renacimiento, que nace en Italia en el siglo XV y se continúa en el XVI, dando en España el *Siglo de Oro* contribuyen largos siglos de elaboración de la herencia grecolatina revitalizada por el espíritu del Evangelio. Lo precedieron varios “renacimientos”: el “isidoriano” en la España visigótica; el que presidió en Inglaterra Beda el Venerable; el que llevó a cabo Alcuino en Francia en la época carolingia. Estos renacimientos se habían ido engarzando unos con otros y, gracias a la acción de grandes monasterios (como el de Cluny), desembocaron en los siglos espléndidos de la Alta Edad Media (siglos XI, XII y XIII) con sus monumentos filosófico-teológicos: el arte románico y gótico, la legislación canónica y de Alfonso X el Sabio, la *Divina Comedia*... Tras estas etapas, llegaría el aporte renovador del mundo cultural griego, traído a mediados del siglo XV por los bizantinos perseguidos por los turcos. Con el mecenazgo del Papado de Roma, este último Renacimiento florecería en el arte, en las letras y en la filosofía.

* Ensayo publicado en la revista *Verbo*, Madrid, nº 283-284, marzo-abril 1990

En esa misma época despuntaba la Reforma católica, la cual, tras realizarse parcialmente en las viejas órdenes religiosas y producir nuevas órdenes e instituciones de renovado fervor, va a desembocar en el magno Concilio de Trento que la universaliza. Esta Reforma también tiene, como el Renacimiento, sus antecedentes: la Iglesia se había “reformado” ya varias veces. Esto había sucedido cada vez que hubo caído y tuvo necesidad de revitalizarse en sus fuentes (por lo que siempre se habló de reforma, es decir, volver a la forma, de restaurarla tras haberla deformado). La “reforma” monástica de Cluny, por ejemplo, había desembocado también en una reforma general, en la llamada Reforma Gregoriana de fines del siglo XI.

Importa destacar, pues, que tanto el Renacimiento como la Reforma católica continúan una ininterrumpida tradición religioso-cultural de Europa, la cual constituía una unidad a pesar de sus múltiples reinos y regiones con sus diferencias y variedades; gracias a los aportes que fluían y reflúan de aquí para allá. Esa Europa era la Cristiandad, embebida de un mismo espíritu, integradora de razas y animada por la fe. El desarrollo de esta civilización era orgánico, seguía una línea, con recreaciones dentro de esa línea, que actuaban como revitalizadoras de ese organismo al cual pertenecían. España había conseguido incluso transmitir su herencia tradicional al Islam invasor, puesto que los cristianos hispano-visigóticos que renegaron y se volvieron musulmanes prosiguieron a su modo esa misma línea (en la arquitectura, en las técnicas de campo, etc.), si bien adoptando el ropaje de la nueva moral y de la lengua universal del Corán. A su vez, al progresar la Reconquista territorial de los españoles católicos, éstos recogieron de los españoles musulmanes, traduciéndolas, las obras aparentemente arabizadas de Aristóteles y médicos griegos, previamente transmitidas a los mahometanos en Persia por los cristianos nestorianos allí exilados.

La España católica se agrandaba y recomponía durante los siglos XI, XII y XIII. Sus reyes de Castilla admitían a los “moros” por súbditos y, al mismo tiempo, valoraban esta tradición que a través de ellos les llegaba y que en el fondo era europea. Así, con la creación de la famosa Escuela de Traductores de Toledo, ésta se latinizó y fue reintroducida en la Europa de origen, enriqueciendo y revitalizando a la antigua ya existente con la que confluyó en las clases universitarias. La obra de Santo Tomás de Aquino (italiano formado en zona germana y maestro en París) constituye la muestra más perfecta (aunque no la única) de esta nueva síntesis de la cultura tradicional. Y bien, tras un período de olvido, Santo Tomás vuelve a surgir en la España del siglo XVI produciendo la *Segunda Escolástica*, con maestros insignes que atraviesan el siglo en línea ininterrumpida: Diego de Deza, Francisco de Vitoria, Domingo de Soto, Melchor Cano, Domingo Báñez... El Siglo de Oro español tiene por base este pensamiento que fluye de las Universidades de Salamanca y Alcalá, impregnando toda la cultura y manera de ser de los españoles de entonces.

Para comprender la clave de esta concepción que se encarna en todos los ámbitos, basta mirar el llamado “*Cielo de Salamanca*” pintado en época de Isabel la Católica sobre el techo de la antigua biblioteca de dicha universidad: allí aparece la armonía de las esferas, esa gran sinfonía creada por Dios, cobijando las ciencias humanas, influyendo sobre ellas para que puedan reflejarla en sus obras. Lo mismo muestra el techo de la biblioteca de El Escorial, realizado un siglo después. Es la reafirmación de lo que venía pensándose desde los griegos: que la cultura es *musiké*, realización de hombres que se dejan decir por mediadores (para los griegos, las musas iluminadas por Apolo; para los cristianos, el Espíritu dador de la fe que ilumina la inteligencia). La sapiencia de Dios ha creado el mundo y lo ha hecho un cosmos, le ha dado su sentido y sus leyes, por eso puede ser conocida e imitada por los hombres. Dios ha hablado también por intermedio de sus profetas y otros sabios inspirados; y más aún, su Palabra se ha encarnado en Cristo que afirma: “Quien me ve a mí ve al Padre”. Esta paternidad divina, esta cercanía de Dios, y sobre todo la Encarnación, no sólo completan la intuición de los griegos sino que le da la posibilidad de cumplirse cabalmente. Porque la redención del género humano también comporta la revigorización de su natural inteligencia: fortalecida por la gracia, iluminada por la fe, ve más, comprende más, y por lo tanto es más capaz de gobernar el mundo y organizarlo a imagen y semejanza de su Creador.

El *Siglo de Oro* español fue lo que fue por haber recibido la impronta de esta concepción, haberla manifestado y encarnado en todos los dominios: ciencias, arte, letras, derecho, legislación, gobierno, acción misional y vida mística. ¿Hubiera descubierto América Colón de no haber recibido el apoyo de Diego de Deza, el sabio que lo recibió en Salamanca y que,

puesto que conocía la redondez de la tierra y algunas de las leyes astronómicas, comprendió su proyecto y confió en que gracias a dichas leyes podría adentrarse en el Océano y yendo hacia el Oeste, encontrar el Este? La misma idea de “orden” campea en la música y en la poesía salmantina. ¿Hubiera escrito Fray Luis de León su *Oda a Salinas* de no haber pensado que la contemplación tiene sentido, que orienta al hombre mirar al Cielo y tratar de reflejar la armonía en su alma y en sus obras? Y, Salinas, ¿hubiera compuesto aquella música a la que el poeta se refiere? ¿Hubiera pintado El Greco tantos cuadros en que muestra el cielo y la tierra comunicándose, a Dios rigiéndolo todo y a la existencia humana tendiendo hacia Él como a su fin? De no haber visto la realidad llena de sentido y organizada, ¿hubiera intentado Francisco de Vitoria el rastreo de su leyes para proclamar finalmente que hay un “derecho natural” que dimana de la naturaleza de las cosas? Ya lo decían los antiguos griegos y lo repitieron los Padres y lo recalcaron San Isidoro y Alfonso X el Sabio. Pues ahora Vitoria, sobre la base del mismo, le daba al derecho su fundamento filosófico-teológico. Y más aún, como se enfrentó a algo nuevo —la expansión de España en tierras americanas— aplicó el derecho natural al tema de las relaciones entre pueblos, creando así el Derecho de Gentes o Derecho Internacional. Gracias a éste, la Corona española —a diferencia de las demás que intervinieron en América— se guió por un criterio ecuaníme en el trato con los indígenas. Ningún pueblo —dice Hanke¹— tuvo tal “preocupación por la justicia” durante la conquista y la colonización. Además, ninguno contaba por ese entonces con una escuela de derecho como la de Salamanca, capaz de responder a las cuestiones nuevas que se iban planteando. Los reyes de España se apoyaron en esta doctrina, y de las reuniones de especialistas que convocaban nacían las Leyes de Indias, retocadas una y otra vez en base a la experiencia y no elaboradas según ideas arbitrarias.

Por desgracia, con demasiada frecuencia se habla de una España comprometida con la *Contrarreforma*, sin tener en cuenta que en ella hubo antes una positiva *Reforma*, aliada a lo mejor del espíritu del *Renacimiento*. Sigue llamándose “reforma” al movimiento que inició Lutero, sin ver que las verdaderas reformas son aquellas que promueven la corrección de lo que se ha deformado a partir de una mejor comprensión de lo que originalmente proporcionaba la “forma”. Lutero no reformó, pues lo que él hizo estaba en la línea de la deformación. Sus antecesores “religiosos” habían sido Wiclef y Huss, y su base filosófica era nominalista. Wiclef y Huss no distinguieron entre lo espiritual y lo temporal y postularon la dependencia Iglesia-Estado, desvinculando a aquélla de Roma. Como ellos, Lutero cayó en la dependencia de los príncipes alemanes, y su influjo produjo una situación parecida en Inglaterra. El sustrato nominalista de estos pretendidos “reformadores” los llevaba a descuidar el misterio de la Iglesia, realidad mística y a la vez encarnada, Cuerpo invisible y a la vez visible, pero que se distingue de la sociedad política. El nominalismo, fatalmente, impide hacer las distinciones necesarias, pues desconfiaba de la capacidad de la inteligencia y la reduce a pura razón discursiva y organizadora, no reconociendo su carácter de *intus lectio* o penetración esencial, separándola así de la iluminación de la fe, que se convierte, por tanto, en “fe ciega”. El drama de la “doble verdad” —la que produce la razón discursiva sin atender a lo real por un lado, y, la que es recibida por la revelación mas no comprendida por la inteligencia por otro— ya venía influyendo en las universidades europeas desde el siglo XIV, y desde allí tironeaba los corazones cristianos. Unos optaban por el misticismo, otros por la especulación racional, y sólo unos pocos, los llamados “humanistas” desde esa época, intentaban la continuación del desarrollo humano a la manera tradicional, es decir, al modo de los antiguos Padres de la Iglesia que habían fundado la alianza entre la fe y la herencia intelectual clásica. Este humanismo cristiano está en la base del realismo filosófico español. Dice al respecto Chevalier:

“La eclosión del pensamiento ontológico fue preparada aquí por un notable desenvolvimiento de la cultura clásica y del humanismo, que se produjo a partir del siglo XV en Salamanca, sobre todo a raíz de los intercambios con Italia, floreciendo entonces los estudios greco-latinos (atención, no los del antiguo paganismo, sino los de los griegos y latinos que los remozaron a la luz de la revelación), la filología y la ciencia bíblica, con Antonio de Nebrija, Arias Barbosa el

¹LEWIS HANKE, *La lucha española por la justicia en la conquista de América*, Rialp, Madrid, 1973.

helenista y Hernán Núñez 'el Pinciano', a los que el Cardenal Cisneros invitó a establecer el texto de la Biblia de Alcalá, anterior a la de Erasmo"².

El mismo Erasmo, además, influyó luego en España, y así surgió en tierras peninsulares un Luis Vives y se desarrolló el espíritu humanista, tanto en el ámbito filosófico (Vitoria y sus seguidores) como en el artístico y literario, animando las obras posteriores de Cervantes y Lope de Vega. Este "humanismo" impregnó incluso a los grandes místicos, Santa Teresa y San Juan de la Cruz, y, a través de las escuelas fundadas por los jesuitas, el humanismo se convirtió en el fundamento de la educación de la Europa católica. A esto alude Toffanin cuando dice que "humanismo es unidad del Logos"³ : significa que a través de la fe, lo que es cognoscible por la inteligencia transparente al único Logos, el mismo que se encarnó y que continúa encarnándose en la Iglesia y en la Eucaristía Y agrega el autor:

"El Logos único es rechazado por Lutero en el mismo momento en que León X sugería a Rafael, para la suprema alegría de la unidad del Logos, (pintar) en la *Stanza della Signatura* la idea de un concilio de sabios y santos unidos por la Eucaristía"³.

Esto habrá de defender España con todos sus recursos morales y espirituales —desde la acción de Carlos V hasta la obra de Santa Teresa—. Pero no antes de haberse renovado ella misma en los dos aspectos complementarios de Renacimiento y Reforma católica. Y viene bien aquí, como resumen de lo dicho, este párrafo de Chevalier:

"Una renovación del pensamiento filosófico y místico, político y social, estaba incluida en la 'Reforma católica': la vemos florecer en el país hispánico. Es un retorno a la tradición: no una marcha retrógrada sino un movimiento hacia delante; es la vuelta de los espíritus a la Verdad, antigua y siempre joven como lo que es eterno, es el pensamiento mismo que recobra su ímpetu en busca de lo verdadero. Fiel a Roma, preservada de las luchas religiosas en que la herejía había hundido al resto de Europa, unificada moralmente y pacificada militarmente por la reconquista del país sobre los moros, apta en adelante para entregarse a los trabajos habituales de la paz, España se convierte entonces, verdaderamente, en el corazón del mundo cristiano del que Roma es la cabeza, y no sólo porque Carlos V y Felipe II transfirieron a ella el centro de gravedad político de la antigua Cristiandad, sino también porque únicamente ella conservaba el espíritu de cruzada, el sentido de la unidad católica, la primacía de lo espiritual. De allí el Siglo de Oro, siglo de preponderancia española. En los países luteranos la vida espiritual se congela; en los calvinistas, de Ginebra a los Países Bajos, tan sólo prosigue en la anarquía de las doctrinas y la rivalidad de las sectas; Inglaterra, después de la ruptura con Roma, tiende a aislarse; Francia se entrega a trabajos de diversión; en la Italia indecisa el Humanismo se desvía o se extingue. Únicamente en España se mantiene, perpetúa y renueva la gran tradición cristiana. Allí, más que en ninguna otra parte, en el curso de lo que se ha llamado justamente el Siglo de Oro español, el Renacimiento toma su verdadero aspecto, que no es el de una ruptura sino el de una prolongación innovadora de la Edad Media"⁴

2. El combate por la verdad y el combate moral. Dos campeones: San Ignacio de Loyola y Santa Teresa de Jesús.

No es de extrañar, por tanto, que España se convierta en la gran campeona contra los pretendidos reformadores del siglo XVI. Los ve como "deformadores" de la auténtica tradición que ella misma está renovando. Mucho antes de Trento (que concluye en 1563) empezó allí el doble impulso de revitalizar la Verdad y como consecuencia, convertirse profundamente. Los intelectuales de Salamanca van al Concilio llevando la sabiduría que permite ver claro en el gran embrollo moral que había suscitado Lutero, quien había llegado a proclamar "*peca fortiter et crede fortius*". El monje agustino enseñaba que la naturaleza humana está tan corrompida por el pecado que le es impo-

² JACQUES CHEVALIER, *Historia del pensamiento*, Aguilar, Madrid, 1967, tomo II.

³ GIUSEPPE TOFFANIN, *Historia del Humanismo*, Ed. Nova, Buenos Aires, 1952.

⁴ JACQUES CHEVALIER, *op. cit*

sible al hombre orientarse hacia el bien y que, por tanto, su libertad es sierva —sierva del pecado— pues la Redención de Cristo no ha alcanzado a renovarla. Afirma, ciertamente, que Cristo murió para salvar a los hombres, pero pretende un modo de salvación “nominal”, no real. Según Lutero, la gracia de la redención consistiría solamente en una imputación de carácter jurídico por el cual Dios consideraría justos a sus elegidos, pero tal justicia no sería más que una apariencia de la que éstos quedarían revestidos. Así, los hombres resultarían “sepulcros blanqueados”, o más bien, pecadores rotulados de “santos”, mas nada habría cambiado en su interior. De este modo, lo único que les resta es confiar ciegamente en la voluntad salvífica de Dios. Por eso, las zonas de Alemania ganadas a tal doctrina perdieron en pocos años toda moralidad, al punto que Lutero mismo se asustó ante tanta lujuria, borrachera, codicia y desorden social que sólo pudo reordenar a través de un modo externo: la mano fuerte de los príncipes alemanes que, por supuesto, tampoco habían cambiado.

Frente a este desquiciamiento, la Reforma católica había venido trabajando, desde tiempo atrás, para convertir los corazones: según la doctrina tradicional, la naturaleza humana no había quedado totalmente corrompida por el pecado sino herida y debilitada. Tras la caída original, no habría quedado impedida de orientarse hacia la verdad y el bien, tal cual lo prueban tantas sanas doctrinas y sanos ejemplos que la Iglesia había rescatado de entre los paganos anteriores a Cristo. No obstante lo cual, la Redención de Cristo fue necesaria para devolver al hombre su condición inicial completa: natural y sobrenatural. El modo de rehabilitación elegido consistió en asumir la naturaleza humana y reinjertarla en la doble dimensión perdida. En Cristo muere el “hombre viejo” y su Resurrección es el principio de la restauración de todos en Él, que es el “primogénito de muchos hermanos”. El bautismo —modo querido por Dios para injertarse en Cristo— no sólo comunica al hombre la vida sobrenatural, sino que opera la restauración de la naturaleza. ¿Cómo podría lo que es “sobre” apoyarse en nada? De aquí en más, lo sobrenatural obraría en el cristiano armonizadamente con las capacidades naturales. La fe iluminaría la inteligencia y la caridad movería la voluntad. El esfuerzo moral habría adquirido sentido desde esta revitalización producida por el Espíritu Santo. Y a tal punto esto es real que el hombre es verdaderamente “reanimado” y sus potencias se reorientan, fortifican y sobreelevan por acción de la gracia.

Para Lutero, la gracia que quiere serlo todo, en realidad es nada, nada más que una imputación forense. Para la Iglesia, la gracia lo es todo, porque lo impregna realmente todo: Alma y cuerpo con todas sus facultades. Así, pues, mientras la predicación de Lutero dio pie a la pasividad intelectual y a la relajación moral, la doctrina de siempre constituye el mayor impulso para el mejoramiento moral, para la osadía intelectual, en suma, para el perfeccionamiento humano y su cumbre, la santidad. La doctrina de las relaciones entre gracia y naturaleza fue puesta a punto por el Concilio de Trento a raíz del error luterano, pero es doctrina de siempre y la presuponían tanto el humanismo como la escuela neotomista de Salamanca. Estaba metida entrañablemente en el corazón de los cristianos, y los reformadores de órdenes religiosas, que poco a poco abrieron el camino a la reforma moral general impulsada por el Concilio, no hicieron otra cosa sino enseñar lo de siempre: conversión, reconversión, vuelta a la moral evangélica que restaura y sobreeleva al hombre. Para lo cual era preciso injertarse o reintegrarse en Cristo, y los medios para llevarlo a cabo eran los sacramentos y la Eucaristía en primer lugar.

El combate contra la herejía luterana encontró preparados a los españoles. Ellos sabían bien que no se trataba de luchar sólo contra enemigos de fuera. Para el alma cristiana existió y existirá siempre un combate primordial. Sabían por propia experiencia —por sus caídas y recaídas personales— que los peores enemigos son los que asaltan el corazón: las tentaciones de soberbia, vanagloria, codicia, mentira, mezquindad y lujuria: en una palabra, el egoísmo del que se aprovecha el demonio. Reconocer esta realidad constituye el primer paso para arrepentirse y recomenzar. Y esto es lo que hacen entonces las grandes figuras de esta España del siglo XVI: examinarse, arrepentirse, expiar. Lo vemos, por ejemplo, en un Carlos V o en un don Juan de Austria: capacidad de admitir humildemente sus pecados. En la España del *Siglo de Oro* contaba el criterio del bien y del mal, así como también el de verdad y error (o mentira), entre cuyos polos se trababa para el español de entonces el combate principal. Los grandes reformadores religiosos de la península empezaron por la reforma de sí mismos. San Ignacio de Loyola, por ejemplo, describe en sus *Ejercicios Espirituales* el gran combate que se había librado en su propia alma. Y es recién *a posteriori*, convencido de la eficacia de la estrategia empleada, que la propone a sus amigos, quienes la adoptan para sus propias luchas hasta quedar ésta convertida en método primordial de

la Orden de ella surgida. Esto es lo decisivo; lo demás, la creación de escuelas, las misiones, las predicaciones, vienen por añadidura. La Compañía de Jesús es una orden de características militares sólo en este sentido: por empeñarse sus miembros, ante todo, en un combate espiritual utilizando las armas de Cristo.

Lo mismo sucede con Santa Teresa de Jesús: lo que propone a sus religiosas es lo que en primer lugar realizó ella misma. Se trata de ganarle la batalla al demonio con las armas que su regla del Carmelo provee: el enfrentamiento cotidiano se libra así en los campos de la obediencia, renuncia, penitencia y oración incesante. Campo de batalla que trasciende sus almas individuales y se ensancha hacia otras almas que ellas intentan librar del mal y ganar para el bien a través de los vínculos misteriosos de la comunión de los santos. Por eso, Santa Teresa propone a sus monjas ser soldados de la retaguardia, en apoyo de los jefes y capitanes que son los predicadores y teólogos. Así exhorta, en su *Camino de Perfección*, diciéndolas:

“Hermanas mías, lo que hemos de pedir a Dios es que en este castillito que hay ya de buenos cristianos no se nos vaya ya ninguno con los contrarios, y que a los capitanes de este castillo o ciudad los haga muy aventajados en el camino del Señor, que son los predicadores y teólogos. ¡Buenos quedarían los soldados sin capitanes...! No penséis es menester poco favor de Dios para esta *gran batalla* donde se meten... y, para que, después de puestos en esta *pelea*, los tenga el Señor de su mano para que puedan librarse de tantos peligros como hay en el mundo... Y si en esto podemos algo con Dios, estando encerradas *peleamos* por Él... ¡Oh, cómo pueden sufrir las entrañas sea tenido en tan poco, como hoy en día tienen esos herejes, el Santísimo Sacramento, que le quitan sus posadas deshaciendo las iglesias! ¿No bastaba que no tuvo dónde reclinar la cabeza mientras vivió (*Luc. 9, 58*), sino que ahora las que tiene para convidar a sus amigos... se las quiten...? Ya, hijas mías, habréis visto *la gran empresa que pretendemos ganar*. ¿Cómo habremos de ser para que nos tengan por muy atrevidas? Está claro que hemos de trabajar mucho... y no os pido cosa nueva, hijas mías, sino que guardemos nuestra Regla y nuestra profesión, pues es nuestro llamamiento y a lo que estamos obligadas--- Oremos sin cesar”⁵.

El planteo de Santa Teresa es también militar y se basa en lo que hoy llamaríamos una “hipótesis de conflicto interno”: es Cristo que sufre en sus miembros, es su cuerpo, la Iglesia a la que Teresa pertenece, quien sufre por la acometida de la herejía que quiere quitarle la Presencia eucarística y la fidelidad de los creyentes. Es cierto que los herejes, luteranos y calvinistas, luchan también a sangre y fuego —ella aquí se refiere concretamente a los despojos de templos católicos perpetrados en Flandes—, pero hay que tener en cuenta que este despojo no es más que la consecuencia del llevado a cabo en las almas. Así, su planteamiento es militar, pero metafísicamente militar. Ella ve, por debajo de las turbas que saquean y matan, las causas profundas: el error, el ataque a la Verdad que es Cristo mismo encarnado —encarnado en el Sacramento del Altar y en la Iglesia que ostenta su autoridad en la fe y el gobierno—. Ella padece por la conquista de almas que realizan estos enemigos, no sólo con violencia armada, sino con la falsedad de su práctica. Y porque su planteamiento es metafísico, está convencida de que la defensa a realizar es espiritual. La reforma del Carmelo se realizó a partir de esta toma de conciencia suya del estado de la Cristiandad. Así lo dice ella misma en otro capítulo de la obra citada:

“En este tiempo vinieron a mí noticias de los daños de Francia y el estrago que habían hecho esos luteranos (!), y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta. Diome gran fatiga, y como si yo pudiera algo o fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal”⁶.

Y bien, la oración fue escuchada: es Dios quien le inspira el plan de guerra, basándose en el cual exhorta así a sus hijas, diciéndoles que para

“...atajar este fuego de estos herejes, como si pudieran a fuerza de armas remediar tan gran mal que va adelante, me determiné a hacer este poquito que hay en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar que estas poquitas que están aquí hicieran lo mismo..., y que todas, ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío, que

⁵ SANTA TERESA DE JESÚS, *Camino de perfección*, cap. III.

⁶ *Ibid.*

tan apretado le traen... Y ver tantas almas como se pierden... ¡Oh hermanas mías en Cristo!: ayúdame a suplicar esto al Señor, que para esto os juntó aquí; éste es vuestro llamamiento, éstos han de ser vuestros negocios!⁷.

Para aceptar el planteamiento de Santa Teresa —su “hipótesis de conflicto” y su “plan de guerra”—hace falta compartir su fe y su visión metafísica de la historia de su época. De otro modo diríamos que acomete “molinos de viento” pretendiendo que son “gigantes”. ¿No la llamaríamos fantasiosa y loca, al modo como es tildado el caballero manchego por los cuerdos de la novela? ¿Acaso ella, la “andariega de Dios”, no se lanza a los caminos como el caballero andante para hacer esas funciones que le inspira el Señor y que son tan aventuradas como las aventuras de Don Quijote? El caso de Santa Teresa nos ayuda a penetrar en la gran parábola cervantina. Si Cervantes eligió a un loco por héroe de su novela y si éste resulta a primera vista un “anti-héroe”, es porque así comenzaban a ver muchos de sus contemporáneos los combates librados por España durante el siglo XVI. ¿Acaso no tomaron la obra (y siguen tomándola) meramente como una burla de los libros de caballería? Claro que esos libros exageraban; pero cuando los leyó Santa Teresa de niña, tomándolos muy en serio, se escapó de su casa con su hermano para irse a combatir a los musulmanes. Y más tarde no se desdijo de este ideal caballeresco: tan sólo lo canalizó de otra manera. Y algo semejante pasó con San Ignacio de Loyola: cuando fue herido y quedó imposibilitado, comprendió que Dios lo llamaba a trocar las armas de fuego por las armas del Evangelio. Sin dejar de lado el alma caballeresca, transfiguró la caballería terrena en “caballería a lo divino”⁸.

Por eso Cervantes, que fue soldado y tenía por mayor gloria haber luchado en la batalla de Lepanto, sufrió cuando al volver a su patria encontró en muchos —de la Corte para abajo— una suerte de aburguesamiento que les impedía comprender y valorar los combates que España acababa de librar. Esto es lo que retrata Cervantes: un mundo que se va volviendo superficial, y que por ello no ve la razón de ciertas empresas. El mito cervantino nos muestra una realidad que se ha agrandado: en nuestro mundo escéptico —viene a decirnos— hay empresas que están destinadas a ser burladas, ridiculizadas y despreciadas en nombre de un estrecho “sentido común”.

Pero de este mundo aburguesado Cervantes rescata una figura: la del hombre sencillo, humilde y crédulo. Pone a Sancho junto a Don Quijote para que con el largo caminar llegue a apreciar la nobleza del alma caballeresca. Y a nosotros, sus lectores, nos hace seguirlos por si nos llegara a pasar lo mismo; más allá de las aventuras y lances imaginarios, nos invita el autor a penetrar en la realidad donde continuamente obran fuerzas ocultas y donde por ello constantemente se empeñan los personajes en un combate que no es viable a primera vista. A lo largo de los caminos de la novela surgen enseñanzas que nos alertan. Por ejemplo, ésta que vincula la vida del caballero con la del religioso. Arguye Don Quijote:

“Quiero decir que los *religiosos* con toda paz y sosiego piden al Cielo el bien de la tierra; pero los *soldados* ponemos en ejecución lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas”⁹

Con lo que queda demostrado que la vocación de unos y otros se encamina al mismo fin. Y porque el caballero trata de servir a la causa de Dios en la tierra, Don Quijote le enseña a Sancho a medir las acciones humanas con la acción divina, haciendo concordar la “prudencia” humana con la sabiduría de Dios y con su “Providencia” que todo lo rige. Por eso continúa argumentando:

“Lo que te sé decir es que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas o malas que sean, vienen al caso, sino por *particular Providencia* de los cielos, y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura. Yo lo he sido de la mía, pero no con la *prudencia necesaria*”¹⁰.

⁷ *Ibid.*

⁸ DANIEL ROPS, *La Iglesia del Renacimiento y la Reforma*, Luis de Caralt, Barcelona, 1957.

⁹ *El Quijote*, II parte, cap

¹⁰ *Ib.*, cap. 46

Por eso estima el tiempo de retiro que se le impone tras la derrota. No ha de ser tiempo perdido, sino época de preparación espiritual y fortalecimiento interior. De ahí la exhortación que hace a su escudero:

“Camina, pues, amigo Sancho, y vamos a tener en nuestra tierra el año de noviciado, con cuyo encerramiento cobraremos virtud nueva para volver al nunca olvidado ejercicio de las armas”¹¹.

Y Sancho, comprendiendo cabalmente lo que quiere decir el caballero, pone de manifiesto lo que es esencial para adquirir aquella “prudencia” acorde con la sabiduría que se convertirá en él en “virtud nueva”, diciendo:

“Don Quijote, si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo, que, según él me ha dicho, es el mayor vencimiento que desearse puede”¹².

Así queda claro que el combate exterior no tiene sentido si no hay combate interior. Y esto es lo que nos enseñaba también Santa Teresa: si ella hace tanto hincapié en el cumplimiento de la ley evangélica, es que no se considera exenta de caer en la tentación. Sabe que no es posible luchar contra la herejía —que arraiga en la soberbia y desobediencia— sin vencer en uno la misma soberbia y desobediencia.

3. Carlos V: la doble Cruzada del último emperador de la Cristiandad

Carlos V también tenía esto presente. Por un lado, combatía con las armas físicas a los enemigos de la Cristiandad y, por otro lado, combatió en su interior a los enemigos espirituales del cristiano: en ambos combates obtuvo derrotas y victorias; sus luchas las llevaba a cabo, decía, “con la gracia de Dios”. Se caracterizó por un total desinterés personal y una voluntad de entrega completa al cargo de Emperador que concebía, rectamente, como un servicio. Al ser coronado en Aquisgrán, a los veinte años, pronunció la respuesta a las preguntas rituales acompañando el consentimiento con un juramento: “¿Quieres mantener y fomentar la santa fe católica que nos ha sido transmitida? ¿Quieres ser fiel protector de las iglesias y sus servidores? ¿Quieres gobernar al Imperio con justicia? ¿Quieres tributar al Santísimo Padre el Papa romano y a su Iglesia la debida devoción?”. A partir de entonces, Carlos I de España asumía ser también, sobre todo, Carlos V de la Cristiandad europea, y, ciertamente, cumpliría este juramento que lo comprometía con la defensa de la Cristiandad. Y pudo llevar adelante tal empresa porque, a diferencia de otros monarcas, contemporáneos suyos, sabía que gobernaba, no para su propio beneficio, sino para el de los demás, y, queriendo hacerlo así, venció su egoísmo y moderó sus pasiones. No fue lujurioso ni prepotente como Enrique VIII, ni frívolo y codicioso como Francisco I. Gracias a Dios y a los Függer, la elección no cayó sobre ellos sino sobre él. Dedicó su vida a la pacificación de la Cristiandad, amenazada por la obstinación desde adentro, y sitiada por los turcos desde afuera.

Mientras Lutero se obstinaba en su postura, Carlos confiaba en ganar su voluntad para la fe de Pedro. Con una paciencia **longánima** (signo de la virtud de la fortaleza que estaba en él presente y actuante) convocó dieta tras dieta con ese propósito. Aquellos monarcas no sólo no colaboraron con él, sino además le pusieron constantemente trabas generando situaciones que eran el producto de sus pasiones egoístas. Por satisfacer sus caprichos, Enrique VIII prefirió desdecirse del título de “campeón de la Cristiandad” que le había otorgado el Papa y quebrar tajantemente el lazo que le unía con Roma, imponiendo arbitrariamente la herejía a su pueblo, para lo cual hizo rodar cabezas y repartió despojos de la Iglesia entre sus cortesanos. Por envidia y por celos, Francisco I fue mucho más lejos de lo debido en sus reclamos territoriales y él, que se decía “rey cristianísimo”, se alió con los príncipes luteranos a cambio de información que por vía diplomática les dio en desfavor de Carlos.

¹¹ *Ib.*, cap. 46

¹² *Ib.*, cap. 72

Por el contrario, Carlos el Emperador no alardeó de nada, fue siempre “el gran silente”, como afirma Lortz¹³. Lo encontramos siempre dispuesto a sacrificar su vida para salir a pelear donde fuera necesario. Este hombre, enamorado de su mujer —la bella y sapientísima Isabel de Portugal—, amante de la música y del arte, sensible a las flores, los pájaros y los animales, gozó a intervalos de estos amores, porque tuvo que atender las constantes confabulaciones de los irresponsables y traidores. Su existencia se convirtió en la de un “caballero andante” que debió luchar contra los que justamente merecerían llamarse “gigantes y ogros”.

Durante su luna de miel en La Alambra —1527—, Francisco I, con quien había firmado el año anterior la paz, violó lo pactado y formó contra él la “Liga Santa”. Mientras pretendía estar defendiendo a la Iglesia, en secreto apoyaba la invasión que a Hungría llevaría a cabo el Gran Turco, Solimán el Magnífico, quien tras derrotar a su rey —Luis, casado con la hermana de Carlos— mató a éste junto a siete de los doce obispos húngaros. Los mahometanos salvajemente saquearon y asolaron estas tierras, quemando y matando cuanto encontraban a su paso, y cumpliendo de este modo el objetivo estratégico de dejar sin defensas la puerta oriental de la Cristiandad. Durante el mismo año, el Emperador enfrentó la responsabilidad del “saqueo de Roma” ejecutado por mercenarios del Imperio que decidieron cobrarse de tal manera la falta de paga, aprovechando de paso la oportunidad para desfogar su odio contra el Papa, ya que eran moriscos y lansquenets luteranos. En 1529, dejando a su esposa Isabel como regente de España, se dirigió a Italia para liberar al Papa Clemente VII y volver a tender la mano a Francisco I, a quien dio su hermana Leonor en matrimonio como prenda de paz. En 1530, tras recibir del Pontífice la Corona de Hierro de los Lombardos, Carlos marchó hacia la dieta de Augsburgo para oír a Lutero y a Melancton. Pero éstos, no sólo rechazaron su invitación de asistir a la procesión del Santísimo Sacramento —que se realizó en medio de las injurias y blasfemias de luteranos y zwinglianos— sino que no prestaron oídos a sus peticiones de conciliación entre las que figuraba la propuesta de diálogo. Ellos decían preferir una “Alemania turca” antes que católica. Estos príncipes empezaban ya a ser llamados “protestantes” por haber “protestado” contra la “tolerancia” religiosa de Carlos. Así, desde 1531 constituyeron la Liga de Esmalcalda a la que atrajeron una y otra vez a Francisco I y a Enrique VIII, comprometándose además en reiteradas alianzas con el turco.

Otra corta estadía en España al lado de su mujer y de sus hijos —durante la cual atendió, por cierto, los asuntos peninsulares y americanos—, fue interrumpida nuevamente por otra ofensiva musulmana. Se trataba esta vez del renegado pirata Barbarroja quien, habiendo pillado ya las costas de Italia, y habiéndose adueñado de Argelia, tomaba ahora Túnez. Corría el año 1535. Este suceso hacía esperar no sólo nuevos saqueos de la península italiana sino también un ataque probable a la misma España a la que contribuirían los moriscos que habitaban en el sur y en el Levante. En dicha ocasión, el Emperador se hizo a la mar bajo el estandarte de Cristo Crucificado, confiando magnánimamente en su cuñado Francisco I, a quien invitó a unirse a su cruzada. Como respuesta, éste envió a Túnez a su mensajero La Forest para informar a Barbarroja sobre sus planes traidores: le sugirió al pirata que tomara Córcega mientras él se apoderaba de Génova aprovechando la ausencia de Andrea Doria quien comandaba la escuadra de la Cristiandad. En ella iba el Emperador ignorante de la felonía. Lo acompañaban además barcos portugueses y otros que habían sido equipados por el Papa y un grupo de valerosos Caballeros de Malta —cuyas bases de Malta y Trípoli había defendido Carlos tiempo atrás—. Aconsejado, pues por Francisco, Barbarroja había preparado un gran ejército, superior al de Carlos; pero éste pasó la noche anterior al combate sereno, animando a sus tropas y, según la mejor tradición caballeresca, libró la batalla después de participar de la Misa y Comunión junto a sus soldados. El coraje del Emperador y de sus tercios españoles, más la ayuda de veinte mil esclavos cristianos que se sublevaron y abrieron las puertas de la ciudad, decidieron la gran victoria de Túnez, tras la cual Carlos fue saludado como salvador de la Cristiandad. Con todo, el año siguiente, aprovechando que Francisco I se había adueñado del Piamonte, la escuadra de Barbarroja reapareció en aguas italianas con el embajador francés a bordo. Tras desembarcar cerca de Otranto, devastaron las tierras y se llevaron mujeres y niños como esclavos; luego atacaron Corfú mientras sus correligionarios turcos destrozaban en Hungría al ejército de Fernando, hermano de Carlos.

Durante todas sus “cruzadas” y andanzas caballerescas, el Emperador se mantuvo fiel a su “dama”, la Emperatriz (¡caso único entre los monarcas de entonces!). Mientras él peleaba en

¹³ JOSEPH LORTZ, *Historia de la Reforma*, Taurus, Madrid, 1963.

Túnez, eran martirizados en Londres los cartujos, el cardenal Fisher y el humanista Tomás Moro. Dos años más estaría junto a su esposa, ya que el 10 de mayo de 1538 Isabel moría en Toledo, para indescriptible dolor de Carlos. Decidió buscar consuelo en Dios y se retiró más de un mes a un monasterio de jerónimos. De regreso en la corte, hubo de enfrentarse a un nuevo ataque de los herejes quienes esta vez habían instrumentado el descontento de los gremios de Gante. Y hacia allí fue, a sofocar la sedición... En tanto, a pesar de la Tregua de Niza, celebrada por mediación del Papa con su cuñado Francisco I, éste persistía en sus intrigas con los príncipes luteranos de la Liga de Esmalcalda con el fin de evitar lo que Carlos más ansiaba: la reconciliación de Alemania. En un esfuerzo supremo, convocó en 1541 una nueva dieta en Ratisbona, en la que propuso un nuevo “compromiso” teológico —evitar por su parte el uso de la palabra “transubstanciación”—. Tal era su afán conciliador que desoyó en esta oportunidad al legado papal —Contarini— quien se daba cuenta de que con ello los herejes esquivaban la presencia real en la Eucaristía. El intento del Emperador —que no era teólogo— era tratar de unir a la Cristiandad contra el turco. El peligro era gravísimo. Tan sólo dos meses después de haberse burlado los jefes protestantes ante el “peligro mahometano” —recordemos que afirmaban tener más fe en los turcos que en los cristianos—, Solimán el Magnífico aplastaba al ejército de Fernando y arrasaba Budapest, ciudad que desde entonces y durante 145 años se había de convertir en el punto de apoyo musulmán, transformándose su catedral en una mezquita. Mientras el turco dominaba ya desde el Danubio hasta el Tíber y el pánico cundía en Europa, Lutero seguía atizando su desunión y los reyes y príncipes cristianos seguían inconscientemente insistiendo en sus disputas...

Ante esta situación, el Emperador de la Cristiandad tomó una decisión: debilitar a los musulmanes por el lado africano. Así, a pesar de las prevenciones del Papa y de Andrea Doria, quienes le advirtieron que era época de tormentas, se lanzó al mar, dirigiendo la flota hacia Argel a la que quería llegar antes que Barbarroja. Un furioso temporal le destruyó algunas naves y, además, fue atacado, pero, sin embargo, logró mantener sus posiciones luchando él mismo como un león, y el enemigo se retiró. Con todo, sufrió grandes pérdidas de que inmediatamente se aprovechó Francisco I. De regreso en España se ocupaba Carlos de la promulgación de las Leyes de Indias cuando súbitamente Francisco le declaró la guerra: irrumpió en los Países Bajos esperando el apoyo de los elementos anticatólicos de Gante. Al mismo tiempo, Solimán preparaba una doble embestida: por un lado, atacó con su ejército a Viena —corría el año 1543— mientras, por otro lado, Barbarroja —con el embajador francés a bordo— devastaba las costas de Nápoles y Toscana destruyendo casas e iglesias y llevándose como siempre a las mujeres y los niños como esclavos. Esta nueva felonía de Francisco I suscitó esta vez el clamor de la Cristiandad...

Finalmente —y mientras el papa Pablo III convocaba a un Concilio en Trento (convocatoria que Francisco se negó a promulgar en Francia)—, el Emperador se jugó su última carta contra la nefasta Liga de Esmalcalda, la cual, hacia 1545 —año de la inauguración de las sesiones conciliares—, contaba con un poderoso ejército que devastaba e incendiaba las regiones católicas de Alemania, con especial saña contra las iglesias. Carlos, que sufría de gota y otras dolencias, les hizo frente con un ejército mucho menor y rechazó al ejército hereje en una campaña difícil, agravada por la insistente presencia de lluvias. Tras enviar parte de su tropa a su hermano, entró en Sajonia y llegó hasta el Elba. A pesar de los obstáculos —sus enemigos habían minado el puente— atravesó el río a caballo, luego de haber exclamado ante un Cristo mutilado: “¡Yo te vengaré!”. Después de veintiún días de cruenta lucha consiguió la victoria de Mühlberg. “¡Llegué, vi y Dios venció!”, gritó al fin corrigiendo cristianamente a Julio César. Y como era un caballero, perdonó magnánimamente la vida al Elector de Sajonia.

Carlos conservaba todavía la esperanza de recobrar a los protestantes para la Iglesia: por ello se irritó con el decreto sobre “justificación” que promulgó el Concilio de Trento de 1548 por parecerle poco diplomático, es decir, porque ponía en claro las diferencias. Por su cuenta promulgó el *Interim* (Declaración que versaba sobre cómo había de mantenerse la religión en el Sacro Imperio hasta que se resolviera el Concilio General), en el cual pedía a los católicos la aceptación de ciertos cambios que satisfacerían a los protestantes, y, a éstos les concedía ciertas demandas sin exigirles la devolución de los bienes robados a la Iglesia. De este modo esperaba ganar sus voluntades, pero el mismo duque Mauricio de Sajonia, a quien había perdonado la vida, fue quien perpetró la vil traición. En efecto, a la par de asegurarle su apoyo, buscó la alianza del nuevo rey francés Enrique II (tan codicioso y frívolo como su progenitor), quien recibió grandes sumas de dinero y varias ciudades (Cambrai, Toul, Verdún), y fue nombrado “vicario del Imperio”. Bajo este

título, Enrique cayó sobre las ciudades al mismo tiempo que los turcos cayeron sobre Hungría y los príncipes de la Liga sobre el sur de Alemania. Tras la consumación de este pacto vergonzoso, y en calidad de “mariscal imperial”, Mauricio persiguió al Emperador, quien apenas pudo salvar su vida huyendo por el desfiladero de Ehremberg (año 1552). Y todavía le esperaba otra traición: la de su hermano Fernando de Austria, quien prefirió la neutralidad en pro de la futura elección imperial que quería recayese sobre su hijo Maximiliano. Finalmente, en 1553, Carlos intentó la toma de Metz pero fue derrotado.

Esto significó el fin de la Cristiandad y del Imperio. En adelante sólo existiría un emperador de Alemania, ya no de la Cristiandad. Ya nunca más sería consagrado por el Papa. Mientras el catolicismo se rehacía en el Concilio de Trento, Europa perdía su unidad política. Los territorios alemanes se gobernarían desde entonces según la fórmula que postulaba: “*cuius regio, eius religio*”, lo cual significaba volver al principio pagano: en cada reino, la religión estatal. Esto se conoce como la Paz de Augsburgo la que, paradójicamente, llevaría luego a desencadenar la Guerra de los Treinta Años. Fue de hecho la consagración de la intolerancia y el desmembramiento. Y fue entonces cuando Carlos, que tanto había luchado por la paz, decidió retirarse del escenario mundial para preparar su ingreso al otro reino, el Reino Celestial.

Estas luchas dolorosas, estas infatigables recorridas por él sufridas, iluminan de un modo singular nuestra parábola cervantina. ¿Cómo no pensar en él, acechado por fuera y por dentro, cuando Don Quijote ve venir dos ejércitos? Sus jefes no existen sino en la fantasía del hidalgo, pero las que sí existen son las ovejas que en su arremetida lo destrozan. ¿No vivió acaso Carlos V entre dos bandos que se comportaban como animales irracionales? Y la esperanza ingenua del Emperador de ganarse a los luteranos, ¿acaso no está reflejada en la ingenuidad del caballero manchego cuando sale a “desfacer entuertos” que no le agradecerán? Hay algo descorazonador en esta historia del siglo XVI, en la que los buenos son “vencidos” y la verdad es rechazada. Y Cervantes lo deja entrever en su obra. Don Quijote sabe que su género caballeresco de vida, que los valores que encarna y defiende son vituperados y ridiculizados; por eso, cuando en una ocasión pregunta a su compañero:

“¿Qué dicen de mi valentía, qué de mis hazañas y qué de mi cortesía? ¿Qué se platica del asunto que he tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada orden caballeresca?”,

Sancho le responde que la gente lo tiene por “loco, pero gracioso”, “valiente, pero desgraciado”, “cortés, pero impertinente”. Ante lo cual Don Quijote reflexiona diciendo:

“Mira, Sancho, donde quiera que está la virtud en eminente grado, es perseguida. Pocos o ninguno de los famosos varones que pasaron dejó de ser calumniado de la malicia”¹⁴.

Y más aún: Cervantes estaba presenciando ya la desfiguración de la historia misma de su querida España, pues ya había comenzado a rodar por el mundo la infamante “leyenda negra” de los ingleses contra la conquista americana. Por eso, introduce en su ficción un episodio en el cual pone ante su caballero el falso Quijote, el de Avellaneda, quien sólo representa lo aparente del personaje, no el espíritu y virtud que lo animan: él también había tenido que padecer la calumnia y desfiguración (II parte, cap. 72).

Si tenemos en cuenta la apariencia de la obra, descubrimos que los enemigos de Don Quijote son ficticios.. Pero este mismo hecho es luminosamente revelador, ya que el mundo prefiere no trasponer lo aparente para no ver la realidad de los enemigos que se ocultan y son mucho peores. Carlos V luchó contra esa clase de enemigos: aquellos que atacaban la fe y la conciencia de la Cristiandad. Luchó como correspondía a un caballero, no sólo con las armas sino también con nobleza y dignidad propias de los grandes. Como Don Quijote luego del episodio con el caballero de la Blanca Luna, él también fue derrotado, aunque no en lo esencial. Ambos decidirían retirarse para consumar la victoria definitiva, la que se libra con uno mismo.. Por eso Carlos V renunció a la vida pública y se recogió en el monasterio de Yuste. Allí se preparó para morir: como don Alonso Quijano el Bueno, se arrepintió de sus pecados e hizo penitencia. Y Carlos no se desdijo de su dama, doña Isabel de Portugal, que no era bella sólo en apariencia —como Dulcinea— sino bella

¹⁴ *El Quijote*, II parte, cap.2.

moral y espiritualmente; por eso pidió su retrato antes de morir, para que desde el Cielo lo ayudara a librar la última gran batalla.

4. Dos espíritus irreconciliables: ser y aparentar.

Más allá de lo anecdótico de las guerra que tuvo que sostener Carlos V contra los bandos de adentro y de afuera que destruyeron la unidad europea, hay que rescatar el enfrentamiento de dos espíritus irreconciliables. Carlos V encarna un espíritu profundo, metafísico, religioso. Vivió con el convencimiento de que mediante sus actos servía a valores eternos e intangibles, sustentadores de la existencia de los hombres y de la sociedad. Y como no vivió para sí sino para este servicio, supo retirarse cuando no se sintió en condiciones para ejercerlo. Sus palabras de abdicación son una rendición de cuentas, un examen de conciencia pública que rezuma espíritu de verdad y humildad. Así dice el texto:

“He estado nueve veces en Alemania, seis en España, siete en Italia y he venido diez veces aquí, a Flandes. He viajado en guerra y en paz, cuatro veces por Francia, dos por Inglaterra, y he ido dos veces a África, habiendo hecho cuarenta expediciones, sin contar los viajes más cortos para visitar mis diferentes países. He hecho ocho veces jornada por el Mediterráneo y tres veces por el Océano y ahora será la cuarta, cuando regrese a España a buscar mi sepultura... He tenido que soportar los azares de muchas guerras y puedo atestiguar que todo contra mi voluntad. Nunca las he emprendido más que a la fuerza y con dolor... Os imaginaréis fácilmente que no he emprendido todo eso sin sentir fatiga y cansancio. Fácil es juzgarlo con sólo verme como estoy... He hecho lo que he podido y siento no haberlo hecho mejor. Me he dado cuenta siempre de mis limitaciones y mi incapacidad; sintiendo que ésta aumenta, en mi estado presente me he creído obligado a adoptar esta resolución que ahora os comunico. Los obstáculos para esta resolución no existen ya: la reina, mi madre, ha muerto; mi hijo es ya un hombre. Confío en que Dios le otorgará las luces y la fuerza para cumplir mejor que yo las obligaciones impuestas a un rey.

“Os pido que no interpretéis esta abdicación como deseo de rehuir eventuales trastornos, peligros y trabajos. Creedme: no tengo otro motivo que la incapacidad inherente a mi debilidad e invalidez. Dejo en mi lugar a mi hijo y os lo encomiendo. Prestadle el cariño y la obediencia que me habéis dado a mí. Conservad celosamente esta unión vuestra que nunca habéis abandonado; defended y mantened la justicia. Y sobre todo no permitáis que os invadan las herejías que rondan estas tierras, y si alguno lo lograra, arrancadla de raíz.

“Ya sé que en mi vida he cometido muchas faltas: faltas de juventud, o por ignorancia, por ligereza o por otras causas. Pero puedo decir, en verdad, que nunca he cometido violencias ni he causado males, ni he hecho injusticias a ninguno de mis súbditos. Si lo he hecho alguna vez, no fue a sabiendas sino por ignorancia. Ahora digo que lo siento, y por ello pido perdón”¹⁵.

Y puesto que él actuó y midió sus acciones según valores profundos, ahincados en la verdad y la naturaleza de las cosas, por ello perennes, estos mismo son los que nombra, acto seguido, al traspasarle el cetro de España a Felipe, su hijo, recordándole que a ellos debe servir él también. Así continúa diciendo:

“Hijo mío, honra siempre a la religión, conserva la Fe Católica en toda su pureza, respeta las leyes del país como sagradas e inviolables, y no intentes nunca herir los derechos y privilegios de tus súbditos”¹⁶.

Aquí el traspaso de poder significó un traspaso de responsabilidades: el nuevo rey debía responder —como lo habían hecho sus antecesores y lo continuarían haciendo sus seguidores— por aquello que no es nuevo ni sufre cambios, por aquello que hace a la esencia de la patria española. Fue un traspaso de espíritus: espíritu de verdad, de humildad, de generosa servicialidad. Por eso, si España quería seguir siendo España, su rey no debía ser arbitrario ni debía gobernarla a su capricho, sino más bien debía comprometerse él y comprometer a sus vasallos en la lucha por la conservación de los valores fundacionales. Este es el espíritu que alienta la convocatoria con que el ya nuevo rey Felipe II reúne a las Cortes en Toledo (noviembre de 1559). Así se expresó en dicha oportunidad.:

¹⁵ WILLIAM THOMAS WALSH, *Felipe II*, Espasa Calpe, Madrid, 1968, cap. 9

¹⁶ *Ibid.*

“Acudiendo a lo que a mí me toca, os he juntado para disponer cómo viváis como fieles cristianos y buenos vasallos míos; porque cuanto fuereis mejores, tanto mayor será mi excelencia y gloria. Para esto conviene, acordándose con las costumbres de Castilla, hacer leyes que reformen lo malo y encaminen a lo mejor, porque las rigurosas destruyen tanto la República como los delitos para cuyo remedio se establecen. Pocas bastan y que se guarden. No mudéis las leyes antiguas si no perjudican, porque las nuevas, en siendo antiguas, las quitarán, con vuestro ejemplo, los descendientes vuestros. Las que haréis sean conformes a la *ley de Dios*, convenientes para el pueblo y utilidad del buen vivir, por lo que han de corresponder con la *ley natural* y la conservación, fin para el que se instituyen las buenas leyes. Sean leyes honestas, no tengan imposibilidad, de naturaleza proporcionada a la de los súbditos, como la medicina a la enfermedad y complexión del enfermo; que no tengan oscuridad, para que no puedan dar malas interpretaciones y frenen el arbitrio del ejecutor con autoridad que vele sobre los hombres, no contra ellos, pues serían violencia el ser usadas para utilidad y satisfacción propias...”¹⁷.

Aquí hay espíritu de verdad y de veracidad. Atención a la ley de Dios y a la ley natural, dos modos a través de los cuales se manifiesta la verdad de las cosas: el teológico y el metafísico. Veracidad, sumisión a la verdad para hacer de ella la regla de las leyes y de su aplicación. Veracidad en cuanto transparencia, para hacerse claro y comprensible a todos. Ambos monarcas fueron silenciosos: poco era lo que habían de agregar una vez asumidos tales compromisos. Ninguno de los dos se preocupó de lo que los demás pudieran opinar, ya que su compromiso había quedado sellado con la verdad y no con la apariencia. Ambos fueron hombres íntegros en lo esencial, hombres de una sola pieza, tal cual lo prescribía el espíritu de la verdadera caballería.

¡Qué distinto resulta ese espíritu a aquel que preconizaba Maquiavelo y que fue guía para aquellos otros príncipes del siglo XVI que, finalmente, se desgajaron de la Cristiandad alejándose de sus principios! Un abismo insalvable separa a uno de otro, tal cual se desprende de este párrafo, al colocarlo junto a aquellos otros dos que hemos citado. Dice Maquiavelo:

“Debéis entender que un príncipe, y más aún un príncipe nuevo, no puede observar todas aquellas reglas de conducta de los hombres considerados como buenos, estando a menudo obligado, para proteger su principado, a actuar en oposición a la buena fe, a la caridad, a la humildad y a la religión. Debe, por tanto, mantener preparado su espíritu y cambiar según vengán los vientos y mareas de la Fortuna; y, como ya he dicho, no deberá desistir del buen camino, si puede; pero deberá conocer cómo se anda por los caminos malos, por si acaso los debe seguir. Un príncipe, por lo tanto, deberá velar con prudencia para que nada que no esté lleno de las cinco cualidades mencionadas se escape de sus labios, para que, al verle u oírle uno, pueda considerarle como la encarnación de la generosidad, de la buena fe, de la integridad, de la humanidad y de la religión; y no existe virtud más necesaria para él que *parecer* que posee esta última, pues los hombres juzgan más por sus ojos que por lo que tocan, porque todos pueden ver y pocos tocar. Todo el mundo ve lo que parecéis, pero pocos conocerán lo que sois, y estos pocos no se atreverán a oponerse a la *opinión* de la calle, sobre todo cuando está detrás la Majestad del Estado”¹⁸.

Este espíritu es irreconciliable con el primero. Es espíritu de apariencia, frente al espíritu de esencia; espíritu de parecer, frente a espíritu de ser; espíritu de engaño, frente a espíritu de verdad. Es espíritu de doblez, frente a espíritu de integridad; espíritu de mezquina “prudencia mundanal”, frente espíritu de verdadera prudencia, aquella de la que habla Don Quijote, que se funda en la sabiduría de Dios; espíritu de “azar”, frente a espíritu de Providencia; espíritu de vanagloria que esquiva el juicio de Dios y de los hombres. ¿Qué hay detrás de todo esto? El espíritu de poder que asoma enseñoreándose del umbral de los tiempos modernos, que se opone diametralmente al concepto tradicional según el cual el poder es un legado de Dios que implica una autoridad entendida como “una capacidad de producir aumento” en el bien de la patria y de todos los que la forman (lo que presupone, por cierto, un “real” aumento de virtud personal en el monarca y no una **fachada**). ¿Qué busca, en cambio, el príncipe que describe Maquiavelo proponiéndolo como un ideal? Un poder absoluto no medido por la regla del bien sino por la voluntad de conservarlo a toda costa. De allí su desdén por el pueblo ante el cual finge y al cual no llama a participar ni a contribuir al logro del bien común; y finge ya sea con sus ideas, ya con su virtud y mejoramiento moral “apa-

¹⁷ *Ibid.*, cap. 14

¹⁸ Maquiavelo, *El Príncipe*, cap. 18.

rentes". Es sintomático que Felipe II habla de "República" frente a los representantes de las regiones de España, mientras que Maquiavelo hace hincapié en la "Majestad del Estado". En el primer caso hay conciencia de "asuntos públicos o del pueblo", algo existente y concreto que toma y toca a todos. En el segundo caso, se trata de una entidad abstracta y solemnizada que es presentada aisladamente, que se oculta y se impone frente a "hombres de la calle". En última instancia, se trata del surgimiento de un espíritu mundanal, necesariamente superficial y frívolo que no está fundado *in re*, frente al espíritu tradicional de Occidente que se funda *in re* y aúna su confianza en la inteligencia humana y en la Revelación de Cristo.

Conocieran o no la obra de Maquiavelo, los príncipes que se opusieron a Carlos V y que se opondrían luego a Felipe II habían puesto en práctica de un modo u otro las máximas maquiavélicas. Los príncipes alemanes aprovecharon la rebelión de Lutero y su pedido de sofocar la "rebelión de los campesinos" para aplastarlos a sangre y fuego, para absolutizar su poder hasta entonces relativo por haber estado controlado por la autoridad del Imperio y de la Iglesia, y para apoderarse, además, de las riquezas que habían quitado a los obispos, parroquias, conventos y monasterios. El mismo Lutero, habiendo advertido el desbordamiento, carecía de elementos con los que ponerles medida: tal la mala pasada que le jugaba su fondo nominalista. Hay que leer su "Llamado a los príncipes de la nueva nación alemana" para comprobar que su doctrina de la radical corrupción de la naturaleza humana confluye con su nominalismo en el hecho de que en ninguno de ambos casos proporciona "leyes naturales" que encaucen y controlen el desenfreno. Por otra parte, los consejeros de Enrique VIII azuzaron su soberbia hasta inducirlo a desobedecer la ley eclesial del matrimonio, y, una vez lanzado a este camino, lo impulsaron al absolutismo. Al mismo tiempo, la prédica de los luteranos en Inglaterra (que se había introducido a través del comercio y había sido denunciada en su momento por Tomás Moro), les vino muy a propósito para justificar el despojo realizado sobre las posesiones de las instituciones eclesiásticas, del que no se salvó la gente de campo que allí había vivido y trabajado desde hacía siglos. Quebrados así los vínculos con las enseñanzas morales tradicionales, sólo contó para ellos el afianzamiento en los nuevos títulos que se les acababa de otorgar. Una nueva "nobleza" sin nobleza trabajó de esta manera por el poder y las riquezas, procurando desvincular definitivamente a Inglaterra de la Cristiandad o unidad fraternal de Europa. Y como la codicia y la vanagloria ciegan, como las riquezas y el poder son bienes superficiales, la nueva clase dirigente inglesa —de origen comerciante— prefirió mantenerse en buenos tratos con los turcos antes que ver el grave peligro que significaban para Europa; mientras tanto ellos permanecían a salvo en su isla.

En lo que respecta a Francisco I y Enrique II, estos monarcas no hicieron más que proseguir la línea absolutista y de encierro nacionalista que iniciara tiempo atrás Felipe el Hermoso para la historia francesa. Su catolicismo "galicano" les impedía comprender los asuntos de la Cristiandad en cuanto tal, lo mismo que advertir los peligros internos y externos que comprometían su unidad. En su aislamiento sólo velaban por la hegemonía de Francia. Eran "políticos", es decir, "superficiales": ¿qué les importaba Lutero, Calvino o las ofensivas turcas? Hacía tiempo ya que Francia (a diferencia de España) había perdido el "espíritu de cruzada". Desde el signo XIV, las órdenes "caballerescas" francesas no eran más que tristes "caricaturas de la caballería", dice Régine Pernoud, quien señala que el cambio se produjo tras la muerte -en cruzada- de San Luis IX, y coincidiendo con el advenimiento de la segunda esposa de Felipe III:

"Alrededor de la nueva reina se constituyó toda una corte de jóvenes barones que le iban a dar a la caballería un sesgo revoltoso y novelesco (o sea, no "realista"), ávido de combates y estocadas, es decir muy diferente a aquel espíritu de caballería que ponía la espada al servicio del débil.

"Uno de los primeros que encarnaron este aspecto batallador y frívolo de la moribunda caballería parece haber sido Robert d'Artois (hermano menor de San Luis), quien en Tierra Santa se había lanzado contra las órdenes recibidas y puesto al ejército en gran peligro. Esta caballería "moribunda" buscaba la aventura por sí misma y para hacerse de una fácil fama.

"En los siglos siguientes se crearán órdenes de caballería que codificarán las reglas de comportamiento de esta nueva casta: ya no se trata allí de consagrarse al servicio del débil ni de la dama, sino de formar un grupo escogido, designado por el rey o el maestro de la orden, cuyos miembros se reúnan periódicamente, vestidos de espléndidos trajes, para tomar parte en banquetes, los que a veces degeneraron en orgías. Por ejemplo, la orden de l'Etoile, fundada por Juan el Bueno (rey desde 1350) a imitación de la orden de la Jarretera, fundada poco antes por Eduardo III de Inglaterra, mandaba reunirse una vez por año para que, durante la fiesta, cada uno 'contase todas sus aventu-

ras del año, tanto las vergonzosas como las honorables'. Se trataba de un verdadero frenesí de aventuras.

"Así, de 1250 a 1350, crece una especie de caricatura de aquella primera y auténtica caballería, exaltando ahora la proeza individual en lugar del esfuerzo común, fortificando la vanidad de sus miembros en lugar de ponerlos al servicio de los demás. Se pasaba de la vida a la novela, a una especie de teatro en el que uno se otorgaba un papel.. Y todo ello reforzado con estatutos, lo que contrasta con la anterior época feudal.

"Hasta la época de Luis XI y aún más tarde se siguieron creando 'órdenes de caballería', en tanto que desaparecía el auténtico espíritu de la caballería..., pues en la primera caballería no se confundía caballería con nobleza, armándose caballeros a burgueses y siervos; y porque quedaba descartada la influencia femenina que había presidido su creación y que se unía a los esfuerzos de la Iglesia para educar al guerrero"¹⁹.

Apariencia, fantasía, frivolidad, superficialidad. Estas características de la caballería decadente en Francia son las que impresionan también en la personalidad de Francisco I. El casamiento de su hijo Enrique II con Catalina de Médicis -que provenía de un medio imbuido de las enseñanzas maquiavélicas— reforzó esta línea decadente en la corte de Francia. A sus hijos —que sucesivamente ocuparon el trono— y a la reina madre que influyó sobre todos ellos—, ¿qué les importó la religión? ¿Qué entendían del catolicismo o del calvinismo para comprometerse con uno u otro? Ellos iban de aquí para allá, persiguiendo únicamente el poder. Estas fluctuaciones fueron favorables a los planes de Calvino, pues permitieron la entrada de predicadores formados en Ginebra, y, lo que es peor, la confabulación internacional contra la Iglesia católica que promovía Lord Cecil, el patrón de Inglaterra e instigador de Isabel, su reina, aliado a calvinistas y turcos, con las miras puestas sólo en el comercio y el poder. Por eso, las llamadas "guerras de religión" en Francia no lo fueron sino de nombre: la religión fue el pretexto de la política. Ni Catalina ni sus hijos fueron religiosos —ni de una ni de otra religión— porque eran superficiales y se movían por razones de "apariencia". Catalina era supersticiosa y consultaba a los astros y a Nostradamus para saber de qué lado soplaría el viento más fuerte. Ni el partido de los Condé ni el de los Guisa fue el suyo, sino el de "l'Hôpital o de los políticos": es decir, el de los que hacían transacciones con tal de obtener poder. Este fue el partido que triunfó finalmente en la persona de Enrique IV de Navarra, quien exclamara que "París bien vale una Misa": con tal dicho, el hugonote dispuesto a hacerse católico demostraba que no le interesaba la verdad del Sacrificio Eucarístico sino el trono de Francia.

Así, en el mundo triunfaban los "políticos", los "diplomáticos", los superficiales. No sólo en Francia prevalecía la *noblesse de robe* sobre la nobleza del alma, sino que el mundo europeo en general se había vuelto más mundano y acomodaticio, no dispuesto a luchar por ideales. La misma Iglesia hubo de admitir este cambio, y, recogida en su interioridad, lo puso de manifiesto en el Concilio de Trento al recalcar el aspecto dogmático e insistir en la necesidad de una reforma moral. Su triunfo interno acentuó aún más las diferencias, y su actitud de contrapuso abiertamente a la del mundo, por lo cual hubo de renunciar a la influencia pública. Sólo España perseveró hasta el fin de siglo con la conservación de los valores cristianos como ideales propios. Recogiendo la exhortación paterna desde el momento del traspaso del cetro, Felipe II, aunque ya no como Emperador, asumió, no obstante, la parte que le correspondía como rey de España en el combate contra las fuerzas mundanales. Y, a pesar de que al fin tuvo que darse por vencido, al menos obtuvo para España la gloria de haber dado a luz aquel último campeón y de aquella última hazaña que demostraría que la Cristiandad, públicamente inexistente, perduraba aún como ideal de algunos corazones cristianos.

Nos referimos a Don Juan de Austria y a la Batalla de Lepanto, sin las cuales, muy probablemente, no se hubiera escrito el *Quijote*.

5. Don Juan de Austria: las andanzas del último de los caballeros; Lepanto

Hijo de Carlos V y Bárbara Blomberg, el que un día sería Don Juan de Austria había nacido en Ratisbona el 24 de febrero de 1547, cuando el emperador, de 46 años, llevaba más de siete de viudez. Su existencia se mantuvo oculta durante los primeros tiempos durante los cuales vivió en un ámbito campesino. Según la peculiar costumbre reservada para los hijos bastardos, su padre

¹⁹ RÉGINE PERNOUD, *Saint Louis et le crépuscule de la féodalité*, Albin Michel, Paris, 1985.

pensó ofrecerlo a la Iglesia cuando alcanzara la edad conveniente. Mientras tanto le había entregado su crianza a Ana de Medina, labradora de una villa castellana llamada Leganés, a raíz de lo cual recibió el nombre de Jerónimo de Leganés. Luego lo confió al cuidado de la esposa de Luis de Quijada, su íntimo amigo. Más tarde recibiría también la benéfica influencia de la paz monástica del monasterio de Espina, también en Castilla.

Impresiona comprobar que Cervantes eligiera el apellido “Quijada o Quijano” para su hidalgo, el mismo o casi el mismo de aquel hombre que había hecho las veces de padre del futuro gran Don Juan. Impresiona también que en ambos casos los personajes —el real y el imaginario— surgieran de la tranquilidad de la vida rural, la cual abandonarían para dedicarse a otra distinta de hazañas y heroísmos. En el caso de Don Juan, si bien el cambio no lo produjo la lectura de los libros de caballería como sucedería con el manchego cervantino, un hecho relativamente similar lo suscitó: saber que era hijo de Carlos V. El conocimiento de sus proezas, ¿no fue acaso un estímulo para emularlas como le aconteció a Don Quijote? Y como el tiempo de los caballeros reales había pasado, ambos hubieron de vencer serias dificultades para iniciarse en la vida aventurera.

Cuando, muerto Carlos V, Felipe supo de labios de Quijada quién era en verdad el niño, lo acogió sin la menor dilación exclamando: “¡Éste es mi hermano, Don Juan de Austria!”. Así fue como cambió su nombre —lo mismo sucedería en la novela— y se sometió a la tutela de Felipe, quien creyó conveniente que recibiera una educación adecuada. Si bien comportó ésta ciertos aspectos “caballerescos” —aprender esgrima y equitación, ejercitarse en el trato con las damas— debió someterse a estudios en los que no se destacó. Sin embargo, de gran utilidad le sería el conocimiento de los episodios de la historia de sus antepasados —sobre todo los de su padre— para alimentar sus sueños guerreros que se asentaban sobre cualidades reales: sangre noble, juventud, fuerza física. A pesar de lo cual tuvo que huir de casa —como Don Quijote— para iniciarse en la vida guerrera. Corría el año 1564. Los turcos —que habían continuado incursionando en el Mediterráneo— decidieron lanzarse a la conquista de toda Europa. Mientras Catalina de Médicis mandaba su embajador a Constantinopla para reafirmar su amistad con Solimán el Magnífico —por si acaso lo lograban—, Felipe II consiguió de las Cortes venia y dineros para construir una escuadra defensiva. Don Juan le pidió entonces permiso para ir en ella. ¡Era su oportunidad! Pero Felipe se negó. Ante lo cual Juan de Austria decidió fugarse a Barcelona y zarpar desde allí junto a la escuadra. Pero enfermó y tuvo que renunciar a su empresa. No obstante, este gesto de arrojo le granjeó la admiración y simpatía de la juventud española que compartía sus mismas ansias guerreras..

El 19 de agosto de 1565 los turcos, tras haber sitiado primero un fuerte -al que entraron degollando y arrancando los corazones de los heridos- llegaron a la gran fortaleza de Malta, que fue defendida heroicamente por el anciano La Valette, gran maestro de la Orden. Durante tres meses pelearon heroicamente hasta las mujeres y los niños contra los salvajes hasta que, finalmente, la llegada de las galeras españolas comandadas por García de Toledo los condujo a la victoria completa. Sin embargo, Solimán no se daba por vencido y estaba planeando una nueva invasión de Hungría. ¡Cómo habrán encendido la imaginación y el ardor guerrero de Don Juan estas noticias! Seguramente por su fantasía desfilarían —como en las visiones de Don Quijote— los nombres turcos, las cimitarras, las mujeres violadas, los niños maltratados, la sangre derramada por esos auténticos ogros de libros de caballería...

Por entonces, en la primavera de 1568, Felipe le concedió un mando en la escuadra, y Don Juan se embarcó en una galera a bordo de la cual dirigió algunos enfrentamientos con piratas más allá del peñón de Gibraltar. Al poco tiempo tuvo la oportunidad de hacer realmente las primeras armas, con motivo de la revuelta de los moriscos de Granada. Como complemento de los avances de los musulmanes del Este, los de Argelia habían proyectado otra acometida a la España cercana. Se pusieron de acuerdo con los llamados “moriscos” (es decir, descendientes de mahometanos que eligieron bautizarse para poder quedarse en España ante la opción a la que los habían enfrentado en tiempos de los Reyes Católicos). Muchos de ellos habían elegido entonces el bautismo, pero su “conversión” había resultado exterior, porque en realidad su corazón se conservaba islámico. En esa oportunidad se hizo visible lo ocultado durante tantos años y se revelaron auténticamente musulmanes. Los moriscos planearon, pues, una rebelión, la prepararon cuidadosamente durante meses y la concretaron con un sobrino del rey de Argel a quien prometieron nombrar rey

en consideración al apoyo que éste le brindara a sus tropas. Los moriscos de Granada pusieron como pretexto ciertos malos tratos y abusos en los impuestos, pero la verdad es que aprovecharon la oportunidad para lanzarse con saña, en plena Navidad, contra los cristianos. Mientras éstos celebraban sus oficios en las iglesias y en las plazas, los otros incendiaron templos, profanaron utensilios sagrados y el Santísimo Sacramento mismo, degollaron mujeres y hombres, ensañándose especialmente con los sacerdotes. El baño de sangre con que tiñeron el suelo alpujarrés sólo encuentra parangón por su crueldad con el perpetrado por los calvinistas en Flandes. Predicaban a Mahoma y ofrecían conservar la vida a cambio de la apostasía: pero en vano, ese clero y esas gentes pobres prefirieron la muerte, una muerte atroz que llegaba luego de extracciones de lengua y de ojos...

Claro, ¡cómo no se encendería en Don Juan el ansia de hacer justicia y “desfacer entuertos”! Con precipitación y ardor patrio le envió a su hermano el rey una carta en la que le pedía permiso para intervenir. Tales son algunos de sus párrafos más elocuentes:

“He sabido el estado de rebelión de los moriscos de Granada... y le encarezco se sirva utilizarme para el castigo de aquella gente... y puesto que es preciso enviar allí a alguien, y mi naturaleza me llama a esos fines...”²⁰.

Ante lo cual Felipe accedió por fin, y lo envió con la advertencia de no arriesgarse demasiado y cuidarse “para cosas mayores”. Y allí fue Don Juan, quien no sólo no se cuidó sino que se desbordó en los castigos aplicados: era lógico, tenía apenas veintiún años y era valiente, fogoso y anhelaba la gloria. Contra esta desmesura lo había alertado ya Felipe cuando lo enviara a la escuadra tiempo atrás. En dicha oportunidad le había insistido el rey que tuviese en cuenta las normas que en España aún se consideraban esenciales para un caballero: buscar serlo, más que parecerlo; trabajar por adquirir las virtudes del alma de un caballero, más que alardear con alocada fanfarronería. Entre otras cosas, le había dicho entonces:

“Primero, puesto que la base y principio de todas las cosas y de todas las determinaciones es Dios, os encargo toméis este principio y base en todo cuanto emprendáis y hagáis; y que dirijáis a Dios, como vuestro fin principal, todos vuestros asuntos, y no sólo en la realidad y substancia, sino también en lo exterior para dar buen ejemplo a todos...

“Ser veraz en el hablar y fiel a las promesas es la base para el crédito y la estima entre los hombres; en ello se basa su buena relación y su confianza mutua. Y ello es más necesario todavía en los hombres de alto rango y los que ocupan un cargo público, pues de su buena fe y veracidad dependen la fe pública y la seguridad de todos...

“Debéis vivir y conducirlos con gran circunspección, para guardar vuestra pureza, pues el violarla no sólo significa una ofensa a Dios, sino que acarrea y causa muchos años y dificulta mucho el cumplimiento del deber, y de ello nacen con frecuencia otras ocasiones de peligro...

“Tened gran cuidado en no decir a nadie palabra alguna que le pueda injuriar u ofender; que vuestra lengua sea instrumento de honor y de favor, y no de deshonor para nadie. Castigad con justicia y razonablemente a aquellos que obren mal, pero ese castigo no lo ejecutará vuestra boca con palabras insultantes ni tampoco vuestra mano...”²¹.

Bien distintas a las de Maquiavelo son estas instrucciones, basadas en la ley de Cristo de amor a Dios y al prójimo, y muy semejantes a tantos consejos que le da Don Quijote a Sancho... ¡Y bien que las necesitaba Don Juan de Austria, ardiente y generoso, pero joven y aún lleno de sueños de vanagloria! Felipe asume aquí el papel de padre transmitiéndole lo que había a su vez recibido de su padre común, Carlos. Nótese que su referencia a la conducta externa no tiene en vistas el engaño, sino el buen ejemplo, y que busca que el honor del caballero se proyecte en honor de otros.

Tras haber traspasado los límites en esta su “primera salida”, recibió así las correcciones paternales de Felipe, quien, no obstante habría de prepararlo para su “segunda salida”, la de Lepanto.

²⁰ WILLIAM THOMAS WALSH, *Felipe II*, cap. 24.

²¹ *Ibid.*

El papa San Pío V le había rogado al rey de España que se cuidara, pues se rumoreaba la existencia de un intento protestante de asesinarlo, además de pedirle que reforzara las defensas de Milán ante la posibilidad de una invasión hugonote a Italia. Guillermo de Orange estaba manio-brando el ataque desde Flandes: había acudido a sus amigos, los banqueros judíos de origen hispánico que habían formado un “*trust*” de las especias contra el comercio de España. El embajador de Francia en Constantinopla —que era hugonote al servicio de los Condé— trataba de concertar una alianza de las fuerzas protestantes con el turco para entrar en Italia y arruinar a los países católicos. La propuesta que hacían era notable: tras la destrucción de la Cristiandad, “se unirían todos y formarían una sola fe con los turcos”²².

Y esto no resulta tan extraño si se recuerda que la herejía protestante tiene puntos en común con la herejía islámica, al menos dos fundamentales. En primer lugar, la creencia en un Dios trascendente que está tan alejado del mundo que no interviene en los asuntos humanos, un Dios que da la ley pero que no se **encarna**. En segundo lugar y como consecuencia de lo anterior, desconocer que la Iglesia es la continuación de la Encarnación y, por tanto, negar la autoridad eclesial que representa a Cristo; en su lugar, existe una asociación humana regida por el poder político. El espíritu “nestoriano” que exagera la separación entre lo que es divino y lo que es humano actúa en ambos casos y les da una base de entendimiento común. Por otra parte, algunos judíos comerciaban en Turquía y en las zonas protestantes: el trust de las especias tenía centros en Londres, Amberes y en Constantinopla, y también accionaba en Lisboa capitaneado por los Mendes, que habían huido de España.

La revuelta de los moriscos en las Alpujarras había sido un episodio de este complot internacional contra la Cristiandad, y los españoles se habían sentido muy afectados por tratarse de conciudadanos a los que se había acogido tras ocho siglos de lucha por la Reconquista. Ahora las gentes, para defenderse de futuras rebeliones, formaron milicias al mando del marqués de Mondéjar y del marqués de Los Vélez, bajo los estandartes de las antiguas avanzadas contra los musulmanes invasores. El peligro era serio, pues en las costas del sur de España seguían apareciendo refuerzos: bandas procedentes de Argel acompañadas de algunos turcos. El jefe argelino, además, había enviado un mensajero a Constantinopla para azuzar al sucesor de Solimán, Selim II (apodado “el Tonto”), con el fin de que lanzara un gran ataque contra España por tierra y por mar, asegurándole el apoyo de los moriscos y de los bereberes africanos. Por su parte, Guillermo de Orange —el fluctuante y acomodaticio Orange, que tras haber jurado lealtad a Felipe en Flandes se movía políticamente con la mirada puesta sólo en el poder— instaba a Selim a concretar el ataque y lo hacía a través de sus amigos judíos que residían en la capital turca. Selim se encontraba, pues, frente a una oportunidad única: desde su reciente ascensión al trono había jurado someter nuevamente la península ibérica bajo el yugo del Islam, y las condiciones para llevar a cabo su propósito se le habían presentado.

Sin embargo, no se dirigió directamente contra España. Siguiendo el consejo del judío José Nasi — de la familia de los Mendes, y llamado así por ser “nasi” o jefe del estado judío que gobernaba la isla de Naxos, la cual le había sido concedida por el mismo Selim durante una de sus borracheras, y que era por entonces un importante centro de comercio en pleno Mar Egeo—, Selim atacó Chipre. A José Nasi le interesaba extender su poderío político y comercial hasta la isla de Chipre que se encontraba en manos de los venecianos. Al saber que éstos se hallaban debilitados a raíz de la reciente destrucción del arsenal de Venecia en una explosión, insistió a Selim para que iniciara la guerra tomando Chipre, y así se hizo. La gigantesca flota que partió de Constantinopla se apoderó de esta isla matando, esclavizando y cometiendo innumerables atrocidades según su costumbre ancestral de odio y violencia salvaje.

Los ogros habían vuelto a surgir como acontecía en los libros de caballerías, y se iban a necesitar personajes con espíritu caballeresco para enfrentarlos. Y gracias a Dios los había. Mejor dicho, hubo un religioso y un caballero que hicieron realidad lo que luego afirmaría Don Quijote, aquello de que “ellos ruegan... y nosotros hacemos lo que ruegan...”

En efecto, en medio del terror general hubo alguien que no se desanimó: un pequeño hombrecito barbudo de cara afilada en cuyos ojos brillaba el fuego del espíritu Santo, el Pontífice

²² *Ibid.*

San Pío V. Ante la consideración del número y la ferocidad del enemigo que debían enfrentar, repitió el gesto común de los hombres de la Historia Sagrada y dijo a sus hijos las palabras del salmo: “Volved los ojos a Dios, el que otorga la victoria”, y convocó a los príncipes cristianos para llevar adelante una cruzada. Les recordó la ya larga historia del asedio musulmán, mucho más cruento desde la incorporación de los salvajes turcos otomanos. Les recordó que aunque parecían invencibles, la derrota los había hecho retroceder muchas veces, tantas como los cristianos, confiando en Dios, les hicieron frente, bajo la guía de valerosos varones como Tamberlaine, Ladislao de Polonia o Juan de Hungría. Les recordó que esta disposición era lo único necesario para obtener la victoria...

Como era de esperar, el llamamiento del Para sólo halló eco en España. Felipe II se comprometió a sufragar buena parte de los gastos —acabó pagando el 60%—, y envió sus galeras al mando del veterano Juan Andrea Doria: imitó a su padre asumiendo la responsabilidad. El hijo menor del emperador Carlos V, don Juan de Austria, haría revivir otra de las peculiaridades paternas: el entusiasmo heroico sin el cual esta empresa que parecía descabellada ante los ojos del mundo hubiera sido un fracaso. Él ofreció sus servicios, pero, ¿cómo pudo este joven de apenas veintidós años convertirse en almirante de la escuadra? Don Juan acababa de dar fin a su intervención en la sedición de los moriscos, llevando a cabo una acción de increíble audacia: haber tomado, tras un sitio de tres semanas, la importante fortaleza de La Galera considerada inexpugnable. Su valor personal y su capacidad de transmitir valor habían dado lugar a la adhesión de oficiales y soldados. Su fama corría y su ejemplo enardecía a otros jóvenes combatientes. Ante problemas surgidos entre el veneciano Doria y el romano Colonna por cuestiones de mando, Felipe consideró que la sangre real de su hermano impondría respeto a todos.

La herencia de Carlos V lo predisponía a renovar las hazañas de aquel “Rayo de la Guerra” que había sido su padre. Así, su nombramiento fue aclamado con júbilo. San Pío V vio en ese joven recién surgido de la oscuridad un instrumento de la Providencia. ¿Acaso Dios no triunfa siempre en la pequeñez? Por eso consideró oportuno aplicarle la sentencia evangélica —“Hubo un hombre enviado por Dios que se llamaba Juan...”— asociando su figura con la del Bautista. Y como aquel santo pontífice lo leía todo a la luz de la fe, acogió y bendijo a este otro Juan, “precursor” él también de la victoria de Cristo. Cuando hubo llegado a Nápoles para ponerse al frente de la escuadra, Pío V le envió el bastón de mando y el gran estandarte azul con el blasón de Cristo Crucificado a través del Cardenal Granvela, quien al entregárselo le dijo en nombre del Papa:

“Toma, dichoso príncipe, la insignia del verdadero Verbo humano, toma el viviente signo de la Santa Fe, cuyo defensor eres en esta empresa. Él te dará una victoria gloriosa contra el enemigo y por tu mano será abatida su soberbia”²³.

Fue como una acción litúrgica en la que se repetían las bíblicas “magnalia Dei”. Y la multitud, tomando parte en ella, clamando contestó: “Amén”. San Pío V había tenido en cuenta también otros hechos a los que consideró asimismo precursores del triunfo. El tratado de la Liga contra el turco se había firmado el día de la festividad de Santo Domingo de Guzmán, razón por la cual encomendó la empresa a la intercesión de Nuestra Señora del Rosario, devoción que había sido difundida por la orden fundada por el santo español. Y a los rezos cristianos, la Virgen respondió con la victoria sobre el turco: la batalla decisiva se libró precisamente el día de su fiesta: el 7 de octubre de 1571, **día de su fiesta**.

Don Juan de Austria satisfizo abundantemente las expectativas del Pontífice. El papel que desempeñó no fue precisamente el de un táctico —para eso estaba Andrea Doria— sino el del caballero cristiano que confía en Dios y prepara y alienta a sus hombres. Como humano que era, vaciló un momento al saber que su adversario contaba con doscientas ochenta galeras mientras ellos poseían doscientos ocho. A esto se sumó el temor ante las tempestades otoñales que no los favorecían... Pero venció en esta lucha interior: la gracia de Dios acudió en su ayuda. El Santo Padre, al saber de las dificultades, envió su nuncio Messina para que repartiera en cada embarcación un trocito de la Vera Cruz. Y más aún: a fin de desafiar su heroísmo prometió ir él mismo con su pelo blanco para avergonzar a los jóvenes indolentes. Incluso les recordó la profecía de San

²³ CABRERA, II, cit. por WALSH, *op. cit.*

Isidoro de Sevilla en la que se describía una batalla que ganaría un joven de características similares a de las de Don Juan...

Ante lo cual, el caballero, haciendo honor a sus antepasados, decidió lanzarse a la “conquista”. Y, como otrora hicieran éstos, dispuso sus hombres y se dispuso él mismo para el combate recibiendo los Sacramentos. Capellanes, dominicos, jesuitas y frailes de otras órdenes se aprestaron a confesar y repartir la Santa Comunión a los hombres embarcados. Tras una travesía de cielo gris y viento contrario, el sol apareció sobre el golfo de Lepanto cuando el vigía daba la señal: el enemigo estaba a la vista. Con gran valor Don Juan exclamó: “Aquí venceremos o moriremos”. El viento seguía en contra. Era el domingo 7 de octubre. Doria pidió consejo de guerra, pero Don Juan ya había tomado la decisión. En silencio recorrió las galeras con un Crucifijo de hierro en la mano que iba mostrando a los combatientes a los que exhortaba diciendo:

“Ea, soldados valerosos, he aquí el momento. Lo que me toca lo cumplí. Humillad la soberbia del enemigo, alcanzad gloria en tan religiosa pelea, viviendo y muriendo vencedores, pues iréis al cielo”²⁴

La respuesta fue unánime. Se oyó entonces un grito de aclamación que se difundió sobre la marea mientras se alzaba la imagen de Cristo Crucificado en la galera real, a la que el sol iluminó junto a la bandera azul de la Virgen. Don Juan Había transmitido a sus hombres la confianza en el Dios que otorga la victoria. La transmitió a don Miguel de Cervantes quien formaba parte de la tripulación guerrera y de quien atestiguan que ese día

“estaba malo y con calentura; (entonces) su capitán y otros muchos le dijeron que, pues estaba enfermo, que se estuviese quedo, abajo en la cámara de la galera, (ante lo cual) el dicho Miguel de Cervantes, respondió que ‘más quería morir peleando por Dios y por su rey que no meterse bajo cubierta’”²⁵.

Esta confianza fue decisiva: gracias a ella los combatientes se animaron frente a un enemigo superior en número, y cuyo salvajismo helaba la sangre. La impresión que estos soldados — entre ellos Cervantes— sufrieron en ese momento, ha quedado vívida en muchas de las imágenes de la novela, en esas imágenes aterradoras de gigantes, ogros y fantasmas. Pero el ánimo caballeresco, avivado por el espíritu de Dios, que ardía en los corazones limpios y llenos de gracia, se atrevió a acometer a tal enemigo. Y el viento cambió su rumbo y los favoreció: Dios expresaba así su voluntad.

Mucho influiría en la novela este episodio inolvidable. Cervantes habría de elevar a mito ese ánimo en el espíritu de personajes monstruosos, transfiguraciones poéticas de aquellos salvajes que entonces enfrentaron al gran caballero Don Juan y sus humildes y confiados escuderos — entre los cuales estaba Cervantes—. Salvajes reales cuyas historias producían más pánico que las de los monstruos fantásticos. Cuando la obra se escribía, Don Juan había muerto, San Pío V también, y el espíritu burgués que tiene a esas calidades por locura se iban imponiendo. ¿Cómo no jugar con la idea de trasponer la figura de Don Juan en la de un loco caballero? La parábola se aplicaría y proyectaría, de este modo, como un mito de valor permanente. El mundo siempre tuvo y tendrá por locos a aquellos que superan la medida de su mezquina y superficial “prudencia”: es decir, a los santos y a los héroes... El mundo no puede conocer la verdadera “prudencia”, la que se arraiga en la sabiduría y providencia divinas, aquella de la que hablaría Don Quijote. San Pío V andaba por estos caminos y consideró, como dice Walsh:

“maravillosamente característico de Dios el que un egregio joven atolondrado hiciera lo que los reyes y militares más experimentados no pudieron lograr juntos”²⁶.

6. El caballero y su escudero. Sus respectivos “noviciados”.

²⁴ *Ibid.*

²⁵ Cit. de ÁNGEL VALBUENA PRAT, *Historia de la literatura española*, tomo II, G. Gili, Barcelona, 1953.

²⁶ WILLIAM THOMAS WALSH, *op. cit.*

Como Sancho junto a Don Quijote, Cervantes aprendió junto a Don Juan de Austria la profunda sabiduría que encubre lo que a los ojos del mundo es locura. El escritor es quien habla por boca del “cautivo” de su obra, el que lega a la venta y allí evoca su propio cautiverio en Argel. Hace decir al personaje lo que logró en Lepanto esa locura cuando confiesa:

“Yo me hallé en aquella felicísima jornada... aquel día que fue para la Cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar”²⁷.

Una nostalgia y melancolía muy grandes recorren la novela. Cervantes hace del héroe un loco pero manteniendo en él el auténtico espíritu caballeresco. Las gentes ven al loco y no llegan a captar su espíritu. A este tipo de “locos” ya no les queda lugar para combates ni victorias en esta sociedad. De ahí el carácter ficticio de las hazañas que vive Don Quijote.

Cervantes era consciente del desaprovechamiento que sobrevino luego de Lepanto: San Pío V había intentado entonces organizar una cruzada para recobrar Grecia y Constantinopla, pero la muerte lo sorprendió en 1572. Con él moría el “alma” de la Liga. No obstante, Don Juan prosiguió un tiempo en campañas en el Mediterráneo hasta que tras el triunfo musulmán en Túnez y La Goleta en 1574 —que se produjo durante su ausencia—, se le confió un servicio, ya no militar sino administrativo.

Y observemos el paralelo. Ese mismo año, el que había llegado a ser considerado como un “soldado aventajado” fue licenciado: luego de haber participado de esta última campaña contra el turco, Cervantes regresaba a su patria cuando su barco fue apresado por las galeras turcas y se le hizo prisionero.

Así, simultáneamente, caballero y escudero reales fueron “apeados”, tal como luego sucedería con Don Quijote y Sancho en la novela tras los sucesos de Barcelona... Se iniciarían entonces ambas parejas en un “noviciado” que los prepararía para otras luchas y otras victorias. La aceptación que muestran tanto los personajes reales como los novelescos en dicha circunstancia hace que de todos se pueda decir lo que Sancho dice a Don Quijote:

“si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo, que según él me ha dicho, es el mejor vencimiento que darse pueda”²⁸.

En verdad que hay mucho de parecido entre el destino final de Don Juan de Austria y el de Cervantes en la última etapa de ambas vidas. Marchan ambos hacia donde no querían y aprenden ambos en la misma escuela del sufrimiento, emprendiendo un camino de mayor grandeza.

Don Juan de Austria había sido destinado por Felipe II a una misión para la que carecía de condiciones: la de gobernar Flandes. Esta zona —que España había heredado a través de Carlos V— se había convertido en centro de disputas, situación que fue aprovechada por los protestantes quienes atizaron rebeliones “populares” contra las milicias españolas. Anteriormente el duque de Alba había gobernado *manu militari* y esto resultó contraproducente, dando pábulo al descontento; por eso Felipe II lo había sustituido en 1573 por Requesens, quien se desempeñó con equilibrio y diplomacia: pagó a las tropas, evitando así futuros amotinamientos y concedió un perdón general a los rebeldes, logrando un breve período de paz. Pero luego de su muerte —que se produjo en 1576— renació el conflicto: a un nuevo motín sucedió una nueva rebelión alentada por Guillermo de Orange quien, si bien había jurado lealtad a España y se decía católico, estaba siempre dispuesto a volverse protestante cuando esto le favorecía en sus planes de instauración de un estado independiente del que sería gobernante. Así, saludó la llegada del sucesor Don Juan de Austria porque vio en él una presa fácil. Le hizo firmar en 1577 un edicto a modo de transacción según la cual retiraría las tropas españolas de Flandes —lo que provocaba una dramática situación para muchos militares que se habían casado e instalado con sus familias allí—, a cambio de conceder la continuidad de la religión católica. Hasta el mismo inexperto Don Juan se dio cuenta de que esto

²⁷ *El Quijote*, I parte, cap. 39.

²⁸ *Ibid.*, II parte, cap. 72

no era más que otra maniobra de Orange, a quien no importaban la paz ni la prosperidad de aquellas provincias —a las que había agobiado con impuestos pesados—, y que intrigaba constantemente con sus amigos protestantes para asesinar al nuevo gobernador. En uno de estos *complots* utilizó a Margarita de Valois (sobrina de Felipe II y esposa poco fiel de Enrique de Navarra) para seducirlo, aunque en vano. Así se encontraba Don Juan en Flandes: solo y rodeado de traidores que le interceptaban las cartas que él escribía a España, para luego hacerlas públicas y utilizarlas en su contra.

Mas en medio de estas tramoyas y humillaciones le fue posible aún retornar al “nunca olvidado oficio de las armas”. Felipe II le envió para ayudarlo a Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, espíritu gemelo al suyo en cuanto a lo caballeresco, aunque mucho más realista y táctico. Juntos enfrentaron a los enemigos protestantes y los vencieron en la batalla de Gemblours, en 1578. La cruz del blasón de Don Juan llevaba este lema: “*In hoc signo vici turcos; in hoc signo vinceam haereticos*”.

Pero esta sola batalla ganada sería insuficiente: el ataque proseguía desde muchos otros frentes y en forma solapada. Orange no cesaba de maniobrar en su contra, de acuerdo con el inglés Cecil y los hugonotes franceses. Así, trató esta vuelta de entretenerlo con un ilusorio casamiento con Isabel de Inglaterra, mientras traía a un hermano del emperador Rodolfo II que contaba sólo dieciséis años, al que pensaba manejar y poner al frente de un estado popular. Como esto no dio resultado le hizo el mismo ofrecimiento al menor de los Valois, quien contribuyó enviando un ejército que no llegó porque fue diezmado por la peste en el camino.

De este modo, los nervios y la salud de Don Juan se fueron resintiendo gravemente: había aprendido en Flandes la lección del sufrimiento y comprendido el fin de ese involuntarios “noviciado”: prepararse para el llamado de Dios. Y así lo hizo: se confesaba des veces al mes y se ocupaba de los enfermos y de los moribundos—en especial prestó su ayuda durante una epidemia—, curando con sus propias manos y prodigando palabras de consuelo, repartiendo limosnas al punto de vaciar su propia bolsa. Sus soldados, que siempre lo admiraron y amaron, ahora lo veneraban y lo imitaban recibiendo ellos también con frecuencia los sacramentos con frecuencia; no se produjo por entonces ningún motín aunque la paga seguía siendo mala. Cuando le acometió la fiebre alta y supo que le había llegado su hora de morir, le escribió aún a su hermano Felipe II acerca de los planes enemigos y realizó su último acto de gobierno: nombró en su lugar a Alejandro Farnesio. Así, desligado de sus responsabilidades mundanas, comulgó durante la Misa que junto a su cama dijo su confesor y le dio a éste los encargos póstumos: decirle a Felipe II que pagara a sus soldados, que se ocupara de su madre Bárbara y que lo enterraran junto a su padre en el recién terminado Escorial, exclamando: “¿No es justo, entonces, Padre mío, que desee las tierras infinitas del cielo?”. Esto había sucedido el 28 de septiembre. Durante los días sucesivos sufrió mucho y tuvo delirios en los que hablaba de Lepanto y Gemblours, invocando con insistencia los nombres de Jesús y de María. El 1º de octubre de 1580 se produjo el desenlace: tras pedir y recibir la extremaunción quedó muy tranquilo y recogido. Luego, ante la advertencia de uno de sus soldados se incorporó durante la Misa y se quitó la gorra para saludar a la Hostia recién consagrada musitando nuevamente los nombres santos. “Jesús, María...” fueron sus últimas palabras: así fue acogido por quienes había servido durante toda su vida; tenía treinta y tres años.

Ahora bien, ¿cómo no ver en esta evolución de Don Juan y en la preparación a la muerte, el modelo real en el que probablemente se inspirara Cervantes? ¿No se ve aquí que Don Juan de Austria renunció a los honores de su rango y murió como un simple mortal, como buen hijo adoptivo de Luis de Quijada? Así también sucedería en la parábola novelesca: el caballero Don Quijote, vencido por el farsante caballero de la Blanca Luna (como lo había sido Don Juan por el no menos farsante Guillermo de Orange), agradeció al Cielo antes de morir pues había comprendido lo falaz de las luchas humanas, y dijo:

“Yo fui loco, y ya soy cuerdo; fui don Quixote de la Mancha, y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno”²⁹.

²⁹ *Ibid.*, II parte, cap. 74

No se contradijo el autor de la novela al transformar la heroica figura de Don Juan de Austria en la de un loco, pues a través de sus locuras haría brillar el valor espiritual de la auténtica caballería en un mundo incapaz ya de comprenderla. Luego lo haría morir arrepentido de tal locura ya que ante el umbral de la eternidad todo lo terreno, aún lo más grande, pierde sentido y gracia. Esta lección la repetirán todos los escritores del Siglo de Oro español. Entre los personajes reales, los mayores fueron quienes así murieron: Carlos V abdicó del trono para morir en Yuste como Carlos el Bueno; y Felipe II llamó a su hijo a su lecho de muerte para mostrarle “en qué paran el mundo y las monarquías”.

Ideal y realidad se conjugan. Esto es muestra de un profundo realismo: realismo ante la vida y ante la muerte, según el cual vale una vida heroica y servicial, pero vale más aún la bondad intrínseca de la persona, porque mientras aquella cesa, ésta perdura.

El “noviciado” de Cervantes fue casi simultáneo al de Don Juan. A Cervantes le tocó estar cautivo en los “baños” (prisiones) de Argel desde 1575 hasta 1580: allí, según su propio testimonio, “aprendió a tener paciencia en las adversidades”³⁰. La paciencia es otra cara del coraje; en ambas se cifra la virtud de la fortaleza. La paciencia es la más difícil de las dos, ya que no consiste en actuar sino en aguantar. En la paciencia el alma se templea porque no se trata de un dejarse estar pasivamente. No sólo sirvieron esos años a Cervantes de meditación sino que además capitaneó varios intentos de evasión de la prisión, asumiendo, luego del fracaso, toda la responsabilidad, con lo que puso en evidencia la nobleza de su alma. “Yo solo he sido el autor —declaró entonces—. Ninguno de estos cristianos que están aquí tiene culpa”³⁰. La misma preocupación por todos los cautivos lo llevó a escribir la *Epístola a Mateo Vázquez*, secretario de Felipe II, en la que instaba al monarca a liberarlos, exhortándolo a que continuara en esto el ejemplo de su padre Carlos V:

“Haz, oh buen rey, que sea por ti acabado lo que con tanta audacia y valor tanto fue por tu amado padre comenzado...”³¹.

El acento heroico de esta epístola muestra, por otra parte, que la paciencia en la adversidad, fortificándolo, lo disponía a combatir con más ardor, pues se comprometía a sumarse en la lucha si los liberadores llegaban. Por eso vuelve a describir en la carta la batalla de Lepanto, ejemplo e incentivo. Pero Felipe II no consideró oportuno realizar la conquista de Argel, y, finalmente, Cervantes fue rescatado por un fraile de la Orden de los Trinitarios (dedicada a esta labor de misericordia).

Este fue el fin de las aventuras de Cervantes aunque no de su espíritu caballeresco. Éste pasaría de las “armas” a las “letras”.

Con su pluma, Cervantes inmortalizaría la hazaña de Don Juan en Lepanto y su propia participación en ella. En su *Viaje al Parnaso*, así lo recuerda cuando canta:

“Del heroico don Juan la heroica hazaña
donde con alta de soldado gloria
y con propio valor y airado pecho
tuve, aunque humilde, parte en la victoria”³².

Y en el mismo poema marca el pasar de las armas a las letras como la realización de un designio de la Providencia, cuando hace decir por Mercurio, el mensajero divino:

“Bien sé que en la naval, dura palestra
perdiste el movimiento de la mano
izquierda, para gloria de la diestra”³³.

³⁰ Cit. De ÁNGEL VALBUENA PRAT, *op. Cit.*

³⁰ Cit. De ÁNGEL VALBUENA PRAT, *op. Cit.*

³¹ CERVANTES, *Epístola a Mateo Núñez*.

³² CERVANTES, *Viaje al Parnaso*

³³ *Ibid.*

La “gloria de la diestra” sería cantar lo que aquella pérdida simbolizaba: el espíritu que animó a los combatientes de la gran batalla naval. La hazaña se agrandaba en su recuerdo, pues se tornaba incomparable e imposible de ser repetida. Por eso no pierde oportunidad de ensalzarla y de gloriarse de ser “el manco de Lepanto”. En el autorretrato con que encabeza sus *Novelas Ejemplares*, dice de sí mismo:

“Perdió en la batalla de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los siglos pasados ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del Rayo de la guerra”³⁴.

Ya no existía Carlos V, y, ¡cuánto le habrá dolido enterarse de la muerte de Don Juan de Austria! Pero el período de “noviciado” argelino lo había preparado para otros combates de los que saldría aparentemente vencido por el enemigo pero en realidad vencedor de sí mismo. Así combatió en la pobreza, en el fracaso de su matrimonio, en la incompreensión de los medios literarios y en el dolor de las increíbles confabulaciones internacionales contra su patria (que pasamos a sintetizar).

7. Felipe II y sus combates contra ogros, elementos y fantasmas.

La historia de los casi veinte años que van desde la muerte de Don Juan a la de Felipe II (1598) debió haber influido en la concepción de un personaje como Don Quijote, abocado a combates fantásticos y fantasiosos. Durante estos últimos años del siglo XVI, los enemigos de España trataron de hundirla, no ya en franca batalla sino solapadamente, mediante la propaganda mentirosa y la piratería. Es decir, con ataques en las sombras, ataques de fantasmas, como aquellos de los que tendría que defenderse Don Quijote.

Por de pronto, Guillermo de Orange —quien durante más de veinte años había promovido la agitación contra Felipe II en Flandes, pretendiendo serle fiel pero formando con Cecil y los Condé una organización secreta —vio derrumbarse sus esperanzas de dominación ante la acción decidida de Alejandro Farnesio, pues en una década de magníficas campañas, el príncipe de Parma se afianzó en ese país agotado por la guerra y de alma católica. Entonces Orange, que sólo había conseguido separar de él a Holanda, al ser declarado por Felipe II como hombre fuera de la ley, escribió contra el rey español una “*Apología*” en la que le adjudicaba toda clase de crímenes fantásticos: entre ellos, lo acusó de incesto, adulterio y asesinato de su hijo don Carlos y de su esposa Isabel... Pero Orange fue asesinado por un fanático borgoñón en 1584 y al año siguiente Farnesio completaba su empresa tomando Amberes, centro del comercio y de la intriga anticatólica. Su proceder caballeresco de entonces —otorgó un perdón general— contrastó con las prácticas sombrías que habían utilizado el que acababa de desaparecer y sus aliados.

Esas mismas artimañas las habían empezado a poner en práctica en Portugal, a la que trataron de dominar luego de la muerte de su rey Don Sebastián, ayudando a don Antonio de Prato en sus pretensiones al trono. En 1580, las Cortes de Portugal habían elegido a Felipe II como sucesor legítimo. Con todo, como los “partidarios de don Antonio eran minoría, pero más vocingleros y activos que el rey español” (dice así Merriman³⁵), éste se vio obligado a imponerse también por las armas, y lo consiguió. Don Antonio huyó entonces a Inglaterra para pedir ayuda a Cecil, Orange y la red de banqueros y espías internacionales... Durante los años que siguieron, mientras España se afirmaba en Portugal y en Flandes, arreciaron los denuestos contra Felipe a quien llamaban “el demonio negro del Sur”. En Inglaterra, mientras María Estuardo reivindicaba su derecho al trono frente a Isabel, inventaban *complots* imaginarios de los católicos, a los que de éste y otros modos perseguían sistemáticamente. En 1585, Cecil — ya convertido en Lord Burleigh— dio un “decreto contra los jesuitas, sacerdotes, seminaristas y otros súbditos desobedientes de la misma clase”³⁶, y ser católico vino a ser desde entonces un delito de “alta traición”. Bajo este rótulo fueron ejecuta-

³⁴ CERVANTES, Prólogo de *Novelas Ejemplares*.

³⁵ WALSH, *op. cit.*

³⁶ *Ibid.*

dos cientos de sacerdotes y muchos laicos: ahorcados tras soportar injurias y terribles torturas. No estaba permitido opinar en contra y los que se atrevían a hacerlo —como lord Parry, por ejemplo— fueron envueltos en “conjuras” fantásticas que los llevaban a la horca. Para salvar a tantas víctimas y proteger a la heredera, el Papa decidió proclamar una “cruzada”, que desgraciadamente no se realizó, y María Estuardo fue decapitada en 1587...

Felipe II nunca había querido intervenir en Inglaterra porque respetaba su soberanía y respetaba a Isabel, a quien él mismo había hecho sacar de la Torre de Londres, cuando él era consorte de María Tudor. Felipe II confiaba en que ella —a quien creía católica en el fondo—terminaría por reaccionar frente a los que la manejaban. Mas no fue así, y aquella que le debía la vida y el trono le pagó el favor de mala manera. El mismo año de la muerte de María Estuardo —a quien Isabel había atraído con falsas promesas con el fin de entregarla a la muerte—, Isabel mandó una expedición al mando de su amante Leicester para combatir en Flandes a Farnesio.

Al mismo tiempo, esa reina aprobó las atrocidades que había perpetrado el pirata Drake en España y en las Indias, lo cual había sido tan impensado como una pesadilla que se hiciera realidad. Primero Drake rondó la costa de Galicia y destruyó una ermita de la Virgen. Rechazado por el noble señor de Gondomar, pasó a la isla de Cabo Verde y tomó Santiago: robó varios buques cargados que debían partir rumbo a las Indias. Finalmente, cual furioso vendaval, se aventuró hasta las costas mismas del Nuevo Mundo. Desembarcó en la tranquila isla de Santo Domingo, quemó allí ochenta casas y los conventos de San Francisco y Santa Clara matando a dos frailes que se le opusieron y pidió a la ciudad un rescate de un millón de ducados, de los que apenas si llegaron reunir una cuarta parte.

En vano lo persiguieron entonces los barcos españoles: cebado por las riquezas de Cartagena de Indias, a la que saqueó y destruyó, el pirata se dirigió hacia La Habana con idéntico fin, **mas** fue rechazado, no sin haber saqueado a Cádiz en el camino.

Esta “pesadilla” despertó a Felipe. Ahora sí, él mismo proyectó un ataque a Inglaterra, como “cruzada”, siguiendo el anterior pedido del Papa. Organizó una armada para invadirla y colocar en el trono a Jacobo, hijo de María Estuardo, apoyándose, por supuesto, en la ayuda de Farnesio. ¿Acaso el desafío inglés no formaba parte de un plan mucho más vasto para acabar con la fe católica? De hecho, el embajador inglés Barton, a través del banquero Méndes, le escribía entonces al sultán de Estambul para recordarle las promesas hechas por éste a la reina Isabel —bajo juramento—, de luchar contra los españoles, “nuestros enemigos comunes, todos ellos malditos idólatras”, para que, seguía diciéndole, “ el orgulloso español y el embustero papa” fuesen al fin derrotados, tras lo cual “todos los que viven como herejes volverán a nuestra fe y Dios nos bendecirá, puesto que luchamos por su gloria con victorias inenarrables”³⁷.

¡Documento imponderable que muestra la confluencia de miras de protestantes y musulmanes! Hablan de una fe común y tratan de herejes e idólatras a los católicos. Para ellos la idolatría consistía en el culto al Cristo Eucarístico, a la presencia real de Cristo en la Iglesia y a su mismísima autoridad. Esto querían eliminar para instaurar una religión “purificada” con un Dios lejano que les dejase las manos libres para manejar al mundo a su capricho. Pero esta actitud que implicaba un abierto desdén de la misma ley natural, ¿no aparecía ya como la proyección de monstruosas fantasías de poder y codicia? La mentira era el arma de estos nuevos amos del mundo, y ellos, que llamaban “embustero” al Papa, tenían espías que accionaban en Roma con engaño, difundiendo la posible conversión de Isabel al catolicismo. Además, intentaban sobornar a Parma prometiéndole la soberanía de los Países Bajos si traicionaba a su rey. Esta era una verdadera confabulación de la mentira, verdadera fantasmagoría contra los que se lanzaba ahora Felipe II como un verdadero Quijote.

El Príncipe de Parma, caballero insobornable, se plegó a su rey no sin antes prevenirle:

“Las cosas no están como deseamos; ya no sólo los ingleses han tenido tiempo de armarse por tierra y por mar y de formar alianzas con Dinamarca y con los protestantes de Alemania y de otras partes, sino que los franceses han tomado también sus medidas para frustrar vuestros golpes”³⁸.

³⁷ *Ibid.*

³⁸ *Ibid.*

Pero el espíritu de su hermano Don Juan revivió entonces en el ánimo de este nuevo “quijote” y, a pesar de las condiciones desfavorables, decidió ir “adelante y confiar en Dios”. Sus marinos y soldados dieron pruebas de su capacidad heroica acompañándolo hasta el fin aunque debieron afrontar escaramuzas durante más de un mes, en medio de vientos que les eran contrarios y les dispersaban los barcos. Cuando los ingleses, aprovechando esta circunstancia dieron batalla el 8 de agosto de 1588 con ciento treinta barcos, al **almirante** duque de Medina Sidonia los enfrentó con los únicos cincuenta que tenía a mano y con hombres agotados a bordo. Así, bien puede decirse que la derrota de Gravelinas, una de las batallas más terribles de la historia, se convirtió para los españoles —que allí mostraron su valor invencible—, en una de las páginas más gloriosas de la historia. Por supuesto que los vencedores la deformaron en sus relatos, hablando de huidas vergonzosas y de un desastre total de la Armada. La verdad fue que la batalla terminó por obra de los elementos naturales: el viento y la lluvia que separaron las dos escuadras, y que, al día siguiente, cuando los españoles se aprestaban para reiniciar la lucha con ayuda de Parma, la corriente empezó a arrastrarlos hacia los bancos de arena de Zelandia. Fue un verdadero milagro que entonces apareciera un viento que los desvió hacia aguas más profundas, y todavía debieron enfrentar una nueva adversidad: mientras regresaban les sobrevino una furiosa tempestad que dispersó y hundió más navíos. De modo tal, que Felipe, al enterarse, pudo decir con razón:

“Puedo luchar con los hombres, pero no con los elementos”³⁹.

¿No pensaría en esto Cervantes cuando escribió el episodio en el que Don Quijote creyendo acometer gigantes es acometido por los molinos movidos por el viento, cuando dice: “De pronto, sopló viento...”?

Y la actitud de Felipe II ante esta derrota también se asemeja a la de Don Quijote ante la derrota que le inflige el caballero de la Blanca Luna. Así como el personaje cervantino recuerda a su escudero que no existen los azares sino la Providencia, la cual se muestra a veces desfavorable al hombre para enseñarle la verdadera “prudencia”, así también Felipe II mandó dar gracias a Dios “puesto que así Él lo había dispuesto”⁴⁰ y asumió por entero su responsabilidad ante las Cortes, no pronunciando jamás una palabra de reproche para Medina Sidonia. ¿No es esto una muestra de que vencido sabía al menos salir “vencedor de sí mismo”, tal como lo diría Sancho de su señor? Tras exaltar a héroes que habían muerto gloriosamente en defensa de la santa religión, prohibió que se usara luto por ellos. Luego se preparó **él** mismo para ejercer otra vez el “nunca olvidado oficio de las armas”: ordenó la construcción de nuevos barcos para evitar que, aprovechándose de la victoria, los enemigos los sorprendiera inermes.

Tal cual lo sospechara el rey español, la furia inglesa no cejó en su empeño y se manifestó solapadamente de nuevo, a través de la piratería y propaganda embustera. El objetivo inglés era ahora Portugal, pues le interesaba intervenir comercialmente en las Indias portuguesas, y convertir a Portugal en base de operaciones, asentando a Don Antonio en el poder.. En 1589, la escuadra de Drake con Don Antonio a bordo, cayó sobre la Coruña con intención de llegar hasta Santiago de Compostela para quemar este santuario, símbolo del catolicismo. Pero el pueblo lo rechazó, incluidos los niños y las mujeres que pelearon con piedras y agua hirviendo. Luego desembarcaron en Portugal esperando un buen recibimiento de Don Antonio, tras la previa campaña propagandística que habían montado en su favor, la que incluía unas pretendidas “visiones” de una “monja de Lisboa” que lo señalaba como elegido de Dios. De más está decir que esas visiones eran un fraude al igual que los estigmas que ella misma se hacía. Pero para descargo del regente de Portugal —cardenal Alberto— hay que decir que él y la mayoría del pueblo se resistieron y los ingleses tuvieron que retirarse, no sin entretenerse saqueando barcos por el camino de regreso.

Felipe hubo de convencerse entonces que aquella Isabel que él había conocido de joven se había convertido en un monstruo. Subyugada por Cecil, hacía torturar y matar a todo aquel que se dijera católico por delito de alta traición, y alentaba fuera de su país todas las rebeliones anti-

³⁹ *Ibid.*

⁴⁰ *Ibid.*

católicas. No sólo apoyó la organizada por el hijo de Orange contra Felipe II en Holanda, sino que también intervino directamente en la destrucción de la Irlanda católica. En 1596 despojó allí a los nobles de sus posesiones y declaró rebeldes a los que se negaron a entregar sus tierras. Durante siete años **duró** esta “caza de salvajes irlandeses”, con tropas que perseguían a los hombres por los bosques agotando de este modo a esta tierra antes próspera. La última atrocidad que le tocó soportar a Felipe II fue el ataque y destrucción de Cádiz. En 1596 apareció allí Essex, el favorito de Isabel, con diez mil soldados ingleses más cinco mil holandeses al mando de Luis de Nassau. Desembarcaron de improvisado desde setenta barcos, robaron la rica ciudad mercantil, destrozaron la catedral y las iglesias, hicieron pedazos las imágenes de la Virgen, sacaron a las monjas de sus conventos, y, al cabo de dos semanas de felonías incendiaron la ciudad hasta dejarla reducida a cenizas.

A pesar de encontrarse muy enfermo, Felipe II revivió para enfrentarse a esos ogros fantasmagóricos que reaparecían. Pero la escuadra que organizó y envió hacia Inglaterra ni siquiera pudo llegar hasta el Canal de la Mancha, pues una tormenta la dispersó y naufragó antes de llegar al golfo de Vizcaya. Otra vez los elementos lo habían derrotado. Murió en 1598 sin haber alcanzado a los ogros...

8. Conclusión: no parodia, sino parábola paradójica.

Cervantes tenía ante sí estos episodios históricos cuando concibió su obra. La realidad que se le presentaba era a la vez amarga y heroica. El siglo más glorioso de España se cerraba con fracasos que no dejaban de ser gloriosos. España había sido grande en el siglo XVI por su espíritu profundo de fe, claridad y confianza. Y este espíritu que animara sus conquistas, su arte y literatura, su filosofía y su mística, perduraba aún vivo a pesar de las repetidas andanadas de la confabulación internacional que se empeñaba en hacerlo desaparecer de la faz de la tierra.

El gran “manco de Lepanto” recogió esta situación paradójica e inventó un personaje paradójico y un tipo de relato paradójico para ponerla de manifiesto.

Don Quijote es por eso, a la vez, ridículo y heroico, atolondrado y sabio, ingenuo y profundo. En una primera instancia causan gracia su ridiculez, atolondramiento e ingenuidad, pero, a medida en que lo acompañamos en sus aventuras vamos apreciando en él lo auténtico de su heroicidad, sabiduría y profundidad. No pierde por esto aquellas otras características que habíamos advertido en el primer contacto, pero esto es evidentemente intencional.

Hay quienes no verán en él más que al gracioso; se trata de aquellos que, ganados por el nuevo espíritu mundano y superficial, no tienen ni “ojos para ver” ni “oídos para oír”. ¿Cómo tendrían ojos y oídos los que desprecian la realidad, sus valores y leyes y no atienden más que a sus caprichos, a su voluntad de poder y codicia? Se ha hablado mucho de “conflicto entre el ideal y la realidad” a propósito del *Quijote*, pero no suele verse que el ideal que persigue este personaje es el ideal grabado en la realidad misma: lo que el hombre es por esencia y debe ser por elección y esfuerzo, con la ayuda de Dios. Esto lo ve un espíritu metafísico y religioso, pero no puede percibirlo una mente mundanal, chata y frívola. Cervantes ha hecho loco a un personaje para manifestar la presencia de esta mente que iba ganando terreno. Lo que él no sabía es que se generalizaría cada vez más, hasta que muchos llegarían a considerar su obra como una parodia.

¿Parodia, de qué? Admitamos que parodia a los libros de caballería, pero es que éstos habían desnaturalizado ya el verdadero caballero. Por lo tanto, siendo parodia de una parodia, la obra exalta el auténtico espíritu caballeresco. Aquellos libros de caballería, plenos de fanfarronadas, se habían escrito en el período de decadencia de la caballería. Don Quijote, que se había nutrido de ellos hasta trastornársele el cerebro, quiere mostrar a través de sus aventuras que aparecen grotescas, una nobleza de alma que comunica a los que lo encuentran en el camino.

Y, si bien algunos se muestran impermeables —como los frívolos duques, por ejemplo—, otros, lo aprecian y reciben. En general, los más dispuestos son los humildes de corazón, y esto no deja de ser sugestivo. En el momento en que los grandes de la tierra se apartan de los valores profundos, metafísicos, religiosos, Cervantes parece confiar en la capacidad del hombre común para conservarlos.

Al fin y al cabo su héroe no es más que un hombre común: había sido Alonso Quijano y termina siendo Alonso el Bueno.

En el tiempo intermedio entre ambos, es el cerebro el que está trastornado pero no el corazón. Éste se había ido agrandando durante sus andanzas. El choque con la realidad produce en él un efecto purificador, ya que lo va aligerando del peso de la escoria de la soberbia, pues va poniendo medida a la desmesura. Y esto influirá en su mente, ya que sólo un corazón purificado permite ver y pensar bien. Por eso, sólo cuando vencido se vence a sí mismo, es decir, vence su capricho, fantasía y orgullo, desaparece la locura y se muestra cuerdo.

Entretanto, lo que en su alma había ya de nobleza, había ido ganando a su escudero. Y el patán se ennoblece. Subyace aquí una propuesta: la de despertar al hombre a su intrínseca dignidad. En tiempos de apariencia se trata de mostrar que no interesa la "nobleza de ropa" sino la nobleza del alma. ¿Acaso no sugiere lo mismo Shakespeare? Frente a tantos monarcas degenerados como describe, impresiona la figura de Antonio, el mercader de Venecia, el mercader noble, capaz incluso hasta de "dar la vida por sus amigos".

Este es el ideal que propone Don Quijote: ideal universal, pues corresponde a la entraña del hombre, hecho por Dios a su imagen y semejanza, rescatado por Cristo, quien para esto se hizo hombre y dio la vida. Don Juan de Austria murió como él, a los treinta y tres años, no sin haber pasado su alma también por el crisol del sufrimiento. Porque dejando atrás la escoria de la vanagloria juvenil llegó a ser uno más entre tantos a los ojos de los hombres, pero no a los ojos de Dios. Había sido heroico su comportamiento en Lepanto y Gemblours, pero mucho más heroico fue en sus padecimientos póstumos y en su noble servicialidad hacia los enfermos. Así, libre de toda soberbia, puso de manifiesto la esencia del caballero que era: esencia que todos podían compartir.

Tras su muerte se alzarían los monstruos de la fantasmagoría: complots secretos, engaño, propaganda, leyenda negra. Si Don Juan hubiera vivido cuando Felipe II decidió responder a los ataques, hubiera tenido cincuenta años: precisamente los que tiene el hidalgo cervantino. En Don Quijote reúne el autor muchas características que había admirado en su almirante de Lepanto: ingenio y atolondramiento acompañando a una básica rectitud de alma, pero también ansia de fama y arrogancia, de las que lo "apean" sus magníficos fracasos. El alma de Don Juan revive en la de Don Quijote, pero en circunstancias que hubieran hecho fracasar la actividad caballeresca de aquél. ¿Cómo combatir a quienes desprecian las leyes de la caballería? Ya no hay pelea franca sino ardidés solapados; ya no hay coraje, sino astucia; ya no hay palabra empeñada y lealtad, sino trampas y traiciones. ¿No ha de tenerse por loco al que pretenda salir a combatir las según las leyes caballerescas? Loco por la edad, loco por atreverse a adversarios incompatibles con su espíritu y sus armas, Don Quijote pone de manifiesto la nueva situación que empezaba a impregnarlo todo y la locura que significa querer enfrentarla con los medios tradicionales.

La obra, en fin, es una parábola paradójica que tiende a revelar el revés de la trama de la historia del siglo XVI: los valores que la animaron, aquellos que entonces defendió España y que perviven y merecen perpetuarse aunque el mundo tome por locos a los que lo intenten.

La única condición que se requiere es la despojarse de las vanas apariencias y rescatar el alma profunda, la nobleza, la dignidad y heroicidad de la que es capaz del ser humano. Con esto, la parábola cervantina puede incluso trascender la historia y volverse un ejemplo perenne.

Introducción

El interés de alumnos y lectores muy variados, y hasta un sorpresivo premio, junto con la generosidad de renovados mecenas, son estímulos que me mueven a proseguir estas publicaciones en serie.

Los estudios, ensayos y demás contribuciones se habían ido acumulando a lo largo de los años, pero estaban dispersos en revistas, diarios, actas de congresos... El agruparlos ha resultado útil, para consulta o introducción a textos y temas. Por otra parte, al reunirlos, se va haciendo patente el criterio con que fueron concebidos: criterio que resumen las dos palabras aunadas: "recepción y discernimiento".

Inicié la primera serie de ensayos con una ponencia sobre los Padres de la Iglesia, mostrando cómo ellos habían ejercido este "criterio" al comentar y seleccionar las obras precristianas. En muchas partes muestro que aquel criterio de los Padres fue orientador a lo largo de los siglos de cultura católica: ya no sólo para lo que precedió, sino para lo que siguió y sigue produciéndose como arte y crítica.

En esta tercera serie podrá constatarse la vigencia patrística en la cultura hispana y novohispana: y la creatividad a la que da lugar dicho influjo de recepción y discernimiento. Es de admirar la obra de Sor Juana Inés de la Cruz como muestra eminente de encuentro y conjunción de culturas: pagana clásica, indígena, europea, y el arrastre de la tradición, que no pide copia, sino justa recreación.

Igualmente, aunque de otro modo, se ve cuán indispensable resulta el conocimiento de los clásicos – del pensamiento filosófico y teológico- a la hora de interpretar a autores tan opuestos a sus concepciones, como es el caso de James Joyce.

En la línea de recepción y discernimiento, particularmente interesante, sobre todo para profesores y críticos, es la propuesta de C.S. Lewis, en su ensayo de lectura y crítica.

A todo esto lo procede mi propuesta de comprensión del Quijote, publicada hace quince años en España, y que ahora ofrezco como homenaje al cuarto centenario de la publicación de la Primera Parte (1604-2004). Valga esta intención para justificar esta humilde contribución de una profesora argentina sobre la máxima y magna obra de nuestra literatura castellana. Cuando preocupa tanto la conservación de nuestra lengua, cabe pensar que ello no se debe sólo a invasiones externas, sino también a pérdidas internas: que la relectura de DON QUIJOTE sea acicate para la salvaguardia y el refloreamiento del idioma y de los valores que lo sustentan en el muy vasto ámbito de cultura hispánica y mestiza. .

Inés de Cassagne

Índice

Introducción

El Siglo de Oro Español y Don Quijote

Sor Juana Inés de la Cruz en la línea de la inculturación de los Padres

C.S. Lewis: sobre buena lectura y buena crítica

James Joyce: una concepción demiúrgico de la literatura

Ulises: La calle infinita de Bloom